

**ITINERARIO ESPIRITUAL PARA RELIGIOSOS SS.CC.
PROVINCIA CHILENA
COMISIÓN DE ESPIRITUALIDAD
Enero 2008**

INDICE

Presentación	2
Introducción	4
1. Juventud	6
I. Descripción	6
II. Subsidios	10
2. Juventud y primera adultez	14
I. Descripción	14
II. Subsidios	17
3. La transición en la mitad de la vida	19
I. Descripción	19
II. Subsidios	24
4. Adultez	27
I. Descripción	27
II. Subsidios	31
5. Adultez mayor y vejez	36
I. Descripción	36
II. Subsidios	40

Cada Etapa del Itinerario contempla los siguientes elementos:

1. Elementos psicológicos y espirituales
2. Evangelio para esta etapa
3. En qué tengo que creer: acentos de la fe en esta etapa
4. De qué me tengo que convertir: tentaciones propias de esta etapa
5. A qué me envía el Señor ahora, cuál es mi misión en esta etapa
6. Textos de la Escritura
7. Bibliografía seleccionada
8. Preguntas y temas para la reflexión (a veces)
9. Propuestas de actividades diversas

PRESENTACIÓN

El documento *El Carisma SS.CC. hoy. Su vivencia, itinerario y transmisión*, de nuestro 15º Capítulo Provincial (17-21 julio 2006 y 1-3 febrero 2007), presenta bien el proceso que ha hecho la Provincia en relación a este Itinerario Espiritual que presentamos:

“El Gobierno Provincial en el *Proyecto de Vida Religiosa Apostólica de la Provincia 2004-2006* (PVRA), encargó a la Comisión de Espiritualidad una formulación actualizada del Carisma, como base para elaborar itinerarios espirituales SS.CC.

En su primera sesión, este 15º Capítulo Provincial estudió y enriqueció la presentación del carisma hecha por dicha Comisión.

La Comisión capitular Carisma inició la elaboración de un Itinerario Espiritual para religiosos de los SS.CC., que este Capítulo, en su sesión final, conoció y enriqueció.

Entretanto, también el 37º Capítulo General se ha ocupado de estos temas, sobre todo en el primer documento capitular, titulado “Nuestra Vocación y Misión”.

La reformulación del Carisma, realizada por la Comisión de Espiritualidad luego de recoger las observaciones de los capitulares en la 1ª sesión, se entrega a la Provincia como un texto adecuado para la reflexión, personal y comunitaria, destinada a revitalizar la vivencia cotidiana del carisma.

Este Capítulo encomienda a la Comisión de Espiritualidad que, sobre la base de esa reformulación y de los textos del 37º Capítulo General, siga elaborando el Itinerario Espiritual para los religiosos de los SS.CC., teniendo presentes las observaciones de los capitulares en la 2ª sesión.” (Nº 110-113)

De manera que el trabajo, cuyo fruto ahora recibimos, dio sus primeros pasos en el seno de la Comisión capitular Carisma y maduró y se desarrolló plenamente en la Comisión Provincial de Espiritualidad. Agradecemos de modo especial a Sergio Silva, Martín Königstein y Alberto Toutin, el cariño y empeño que pusieron en esta tarea durante el 2007.

La preocupación por la vida espiritual ha estado muy presente en la Provincia en los últimos años. Conscientes de que llevamos el tesoro de la fe en vasos de barro, hemos percibido el llamado de Dios a fundar nuestra vida en una experiencia honda, personal y agradecida de su amor. También hemos sentido la necesidad de contar con diversos elementos que nos ayuden en este camino y que contribuyan a una mejor sistematización de esa sabiduría espiritual propia de la Congregación y que vivimos en comunión con todo el pueblo de Dios.

Nos alegramos de contar con este instrumento. Esperamos sea acogido por los hermanos y sus comunidades, con la misma responsabilidad y cariño con el que ha sido elaborado. Se trata, por supuesto, de un material perfectible, que podrá ser enriquecido más adelante con el *Itinerario Espiritual SS.CC.* que ha comenzado a elaborarse a nivel de toda la Congregación, y que fue pedido por los últimos Capítulos Generales de Hermanos y Hermanas.

Sabemos, finalmente, que todo instrumento de animación espiritual es insuficiente sin el compromiso personal por nuestra propia conversión. Por eso termino haciendo más las palabras de la Comisión de Espiritualidad:

“Queremos terminar esta carta haciendo, como Comisión de Espiritualidad, un llamado personal a cada Hermano de la Provincia a que intensifique su deseo de trabajarse espiritualmente. Esto implica detenerse a reflexionar con seriedad sobre su propia vida delante

del Señor y con los Hermanos. Ponemos algunos ejemplos referidos a aspectos que nos parecen cruciales hoy.

¿Hasta qué punto estoy movido por el Espíritu de Dios (Rom 8,14) o más bien por el espíritu de una cultura narcisista como la nuestra, que se contenta con buscar un superficial sentirse bien?

¿Hasta qué punto mi quehacer de cada día está determinado porque quiero hacer la concreta voluntad de Dios para mí (Mt 7,21; Jn 4,32-34) y no simplemente porque me dejo llevar por la búsqueda rutinaria del menor esfuerzo o por la búsqueda narcisista del éxito?

¿Hasta qué punto me entrego generosamente a la comunidad y me dejo moldear por ella en todas mis decisiones (Mt 18,18-20), o la uso simplemente como un soporte necesario para mi vida individual, que planifico y realizo al margen de ella?

¿Hasta qué punto el “nido” que me contiene afectivamente es la concreta comunidad religiosa donde vivo y, más en general, son los Hermanos de la Provincia, o lo he establecido fuera de ella?” (Carta a los Hermanos que va junto a este Documento)

En las manos del Señor ponemos nuestras vidas y el caminar de nuestra Provincia. Les saluda con afecto

Sergio Pérez de Arce A. ss.cc.
Superior Provincial

INTRODUCCIÓN

Esquema de la presentación de cada etapa

Hemos querido presentar cada etapa siguiendo un mismo esquema, que consta de dos partes. En la primera, presentamos una descripción de la etapa, en la segunda proponemos subsidios para el trabajo de los Hermanos. La descripción la hacemos inspirados en la predicación del Reinado de Dios que hace Jesús según Mc 1,14-15, en la que propone un evangelio que hay que creer y en función del cual hay que convertirse. A estos tres elementos hemos antepuesto una breve descripción psicológica y espiritual de la etapa y hemos añadido, al final, algunos aspectos del envío o misión propia de la etapa, es decir, a qué nos envía el Señor. De ahí las siguientes partes del esquema de la primera parte:

I. Descripción

1. Elementos psicológicos y espirituales
2. Evangelio para esta etapa
3. En qué tengo que creer: acentos de la fe en esta etapa
4. De qué me tengo que convertir: tentaciones propias de esta etapa

Vale la pena citar un texto del 37º Capítulo General, válido para todas las etapas:

Los hermanos somos todos pecadores perdonados, siempre pecadores, siempre perdonados. Si nos miramos humilde y lúcidamente, reconocemos que no siempre estamos dispuestos a entrar en las diferentes dinámicas de conversión que nos proponen la Iglesia y la Congregación y que podemos ser freno para los cambios que precisamos cuando adoptamos actitudes individualistas, no queremos trabajar en equipo, tratamos a los demás con aspereza, nos aferramos a un nivel de vida seguro y confortable, somos débiles afectiva y espiritualmente, o simplemente nos interesa exclusivamente hacer lo que nos parece. Aun así, seguimos ‘perteneciendo’ a la comunidad. El desafío que se nos presenta es el de mantener la acogida cordial a todos tal como somos, mirándonos con bondad y compasión y, al mismo tiempo, estimularnos a inscribirnos en una dinámica de renovación y de profundización más ambiciosa de la llamada evangélica que nos permita llevar una vida comunitaria y apostólica de mayor calidad religiosa (37º CG, Nuestra Vocación y Misión, 20).

5. A qué me envía el Señor ahora, cuál es mi misión en esta etapa

II. Subsidios

Luego de estos 5 puntos, viene una segunda parte con “subsidios” para el trabajo personal, de grupo generacional o de comunidad local. Entre estos subsidios hay al menos cuatro tipos distintos. Ponemos, para algunos de ellos, ejemplos que nos parecen “transversales”, es decir, aplicables a cada una de las etapas o a varias de ellas.

6. Textos de la Escritura
7. Bibliografía seleccionada

8. Preguntas y temas para la reflexión

Se trata de propiciar la reflexión sobre la etapa que cada uno está viviendo, para no sólo sufrirla sino apropiársela activamente.

Temas “transversales” de posible reflexión:

- 1) ¿Qué me ha ido pasando y qué me pasa ahora con los ideales primeros de mi VR y sacerdocio?: lucha por mantenerlos, resignación por su deterioro o mediocridad; éxitos y fracasos.
- 2) ¿Cómo mantengo vivo el horizonte escatológico, sin el cual la VR pierde sentido?
- 3) ¿Cómo soporto que mis anhelos no se cumplan, sin amargarme, sin “achacar” mi vida?
- 4) ¿Cuáles han sido y cuáles son hoy las motivaciones reales de mi vida de fe y de mi VR? ¿qué busco realmente en la VR? ¿Cómo hacer para no ocultarme a mí mismo ni a los demás estas motivaciones reales? ¿cómo convertirlas cuando no son las adecuadas?
- 5) ¿Lucho contra el ambiente ramplón que nos invade por los MCS y a veces también por nuestras conversaciones? ¿qué hago para que no se infiltren en mí y en mi comunidad?

Temas planteados en los Capítulos (Provincial y General) últimos:

- 6) ¿Hasta qué punto he vivido y sigo viviendo los rasgos positivos señalados en el CP 11-16? ¿y los déficits de CP 17-23, sobre todo el nº 19?
- 7) En el CG 40-43 se habla del valor de la obediencia. ¿Lo vivo? ¿cómo puedo (podemos) vivirlo mejor?
- 8) El CP hace un llamado a enfrentar una serie de desafíos en los nºs 25 a 31; ¿cómo puedo vivir yo esos desafíos?
- 9) A propósito de CP 55: ¿cómo busco yo la fidelidad creativa al carisma, para contribuir a dar a la comunidad la fuerza testimonial sin la cual no hay pastoral vocacional eficaz? CP 57: ¿cómo comparto yo lo que soy y lo que vivo, en perspectiva vocacional?
- 10) ¿Cómo vivo y cómo puedo vivir mejor la interdependencia (CP 107, CG 36), en particular con AL (CP 109) y con una congregación que es cada vez más diversa (CG 15-16,18)?
- 11) Ver CG 12 y 46: ¿qué eco encuentra en mí la pregunta de Jesús a Pedro: ¿me amas? ¿Qué respuesta le doy?
- 12) ¿Cómo es mi experiencia de “morir por amor” (CG 26)? ¿qué logros y qué obstáculos percibo en mí?
- 13) En CG 27 se hace una reinterpretación de la devoción a los SS.CC: ¿qué me parece?
- 14) ¿Qué me pasa con los pobres y con la compasión por ellos y por todos los que de alguna manera sufren (CG 28)?
- 15) ¿Contribuyo a que la comunidad local sea lo que se supone que debe ser (ver CG 34)? ¿cómo? ¿En qué puedo contribuir mejor y cómo?

9. Propuestas de actividades diversas

Intercambiar experiencias, para ayudarnos mutuamente. Temas posibles de este intercambio:

- 1) Forma de mi oración, de mi aporte a la construcción de la comunidad, de mi trabajo pastoral, de mi vivencia de los votos (tentaciones y dificultades, por un lado, logros por otro).
- 2) ¿Qué pido a la comunidad (local, zonal, provincial), qué me gustaría que me diera? ¿qué le ofrezco?

1. JUVENTUD

Ingreso y años de formación;
etapa de la búsqueda de la identidad, 19 a 25 años

I.- Descripción

1. Elementos psicológicos y espirituales

¿Cuál es mi centro personal?

Esta etapa tiene como desafío principal el vivir con sentido la tensión entre identidad y confusión. Se trata de un camino de búsqueda de identidad personal que responde a la pregunta “¿Quién soy yo?”. Ello implica hacerse cargo de la dirección que damos a nuestra vida, es decir, de dónde vengo y adónde voy. Para vivir con sentido esta tensión y responder a las preguntas que brotan de ella, es necesario hacer tres cosas: examinar nuestras opciones de vida, pasar por momentos de duda con sus crisis respectivas y, finalmente, tomar decisiones que nos comprometan.

Veamos cada uno de estos hilos que tejen la trama de esta etapa

a) Examinar nuestras opciones de vida.

Al entrar en el período de la adolescencia – 12 a 20 años más o menos- nos hacemos cargo de lo que hemos recibido y que constituyen los **datos** estructurantes de nuestra realidad y de la percepción que tenemos de ella: el país en el que nací, la familia que tengo y me contiene, la educación que he recibido, los amigos que me rodean, el cuerpo que veo transformarse a partir de una contextura y dotación genética en diálogo con el medio social, los rasgos que definen la personalidad, la orientaciones valóricas que organizan mis opciones y decisiones. Todos estos datos de la realidad y que están ahí modelando lo que soy hoy día, comienzan a ser el objeto de una crisis, de un discernimiento y de una decisión. Este proceso apunta, por un lado, a que estos datos puedan ser apropiados por el sujeto, asumiéndolos, criticándolos o rechazándolos. Por otro lado, este proceso se orienta hacia lo que está por-venir y que tiene que ver con los gustos, con la orientación afectiva y sexual, los grupos de pares, los estudios profesionales, las actividades de servicio, las decisiones vocacionales y de opción de vida. Tanto la asunción de los datos que se reciben y nos moldean como la proyección de sí hacia el por-venir buscan responder a las preguntas fundamentales de esta etapa: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Para qué estoy aquí? ¿A dónde voy?

b) Confusión y crisis.

Confusión y crisis están emparentadas en esta etapa de búsqueda y de definición de la propia identidad. Y es natural, dada la envergadura de ámbitos de vida que se ven movilizados. Es lo que viven de hecho muchos jóvenes que, en la definición de su futuro profesional y/ o vocacional o de vida afectiva pasan por la incertidumbre, la insatisfacción y los ensayos múltiples hasta que logran encontrar su vía. Lo mismo sucede a los jóvenes que se preparan para la vida religiosa o al sacerdocio pues experimentan también esos momentos de exploración, confusión y crisis. Incluso ya habiendo tomado una decisión que compromete un proyecto de pareja o una orientación vocacional, aparecen a poco andar, nuevas preguntas e incertidumbre: “¿Habré tomado la decisión correcta?” “¿Es realmente lo que quiero hacer en mi vida?” “¿Estoy realmente contento en esta relación de pareja?” Para los religiosos y religiosas “¿Seré capaz de vivir mi afectividad en el celibato? ¿Podré seguir a Jesús con el mismo entusiasmo con el que lo sigo ahora?”. En términos de integrarse a una familia o a un grupo, se plantea al hermano religioso en sus primeros años, el desafío de encontrar su lugar en la familia religiosa que lo acoge, lo que implica hacerse cargo de la historia de la comunidad que lo recibe, con

sus tradiciones y ritos, con sus valores y figuras de referencia y, a la vez, sentir que está aportando algo inédito y original a esta misma comunidad.

c) La toma de decisión

Si bien la pregunta acerca de la identidad: “¿Quién soy?” “¿De dónde vengo y a dónde voy?” tiene su lugar privilegiado en esta etapa, sin embargo por la configuración dinámica de nuestra personalidad, dicha pregunta requiere ser respondida de manera siempre nueva. Se trata, en efecto, de un proceso búsqueda y de definición de la identidad personal, lo que implica asumir los distintos planos de nuestra vida- física, afectiva, emocional, intelectual y espiritual- que reciben nuevos matices y enriquecimientos, conforme a los desafíos que enfrentamos y a las tareas que emprendemos. Al mismo tiempo, dichos matices y enriquecimientos no se constituyen en elementos estructurantes de la personalidad sino en la medida en que se los decide y, por lo mismo, el sujeto se apropia de ellos. El campo de tensión entre confusión e identidad que rodea a los distintos ámbitos de la vida, permite al sujeto ir afinando sus criterios y perfilando su personalidad.

El carácter dinámico de este proceso no significa indefinición o inconclusión pues llega el momento en que optamos, en las múltiples situaciones de nuestra vida, por el sentido y la orientación que queremos dar a ella. La palabra compromiso es la que mejor describe nuestro grado de implicación con lo que hemos elegido. Esta etapa concluye naturalmente con una definición más estable de la propia identidad – votos o proyecto de familia, etc.

2. Evangelio para esta etapa

El Evangelio de esta etapa es doble. Por un lado, se trata de ver en Jesús el modelo de identidad plena. Es la experiencia que hacen sus discípulos que fascinados por la fuerza de su presencia, la autoridad de su palabra, la coherencia entre su actuar y su decir, la hondura de la relación con Dios y con los que vienen a su encuentro, deciden dejarlo todo para seguirlo. Es lo que expresa nuestro fundador cuando escribe: “En Jesús encontramos todo: su vida, su nacimiento, su muerte: he ahí nuestra regla”. (Memoria del Buen Padre). Y, por otro lado, el evangelio de esta etapa consiste también en reconocer que la historia de cada uno es una historia única, una historia santa: historia tejida de lo que está ahí y nos precede- familia, país, lengua, amigos, fe y valores y de las decisiones que nos proyectan hacia el provenir de lo que aún no somos y podemos ser. Y en el curso de esta historia, Jesús hace ruta con nosotros, nos llama por nuestro nombre, nos invita a estar con él y a compartir su misión (Cf. Mc 3,13-19). Seguir a Jesús conlleva, tras la fascinación inicial, una respuesta personal a la pregunta de quién es Jesús. Es lo que se encuentra narrado en Mc 8,27-30. Los discípulos ya de camino con Jesús, son invitados por él a releer lo que han vivido y lo que han oído y visto de la gente acerca de él. Y luego Jesús les invita a proyectar esta experiencia compartida en una respuesta y decisión personales. “Y para ustedes ¿Quién soy yo?”. De ese proceso de asumir la experiencia de camino con Jesús y el encuentro con él, nos hace entender la realidad y reconocer nuestra identidad de una manera nueva, como escribe Esteban Gumucio: “Sigo a un hombre que me cogió por el centro de mi vida, por mi profunda raíz, por lo mejor de mí mismo. Sigo a un hombre que me quiere libre, sin cadenas. Sigo a un hombre, que siendo mi Señor, es mi mejor amigo.”

3. ¿En qué tengo que creer?

Necesitamos creer que, en el origen y en lo más profundo de sí hay un llamado primero y permanente a la vida, a una vida plena, en la medida que es recibida y es dada con gratitud. Es saberse amado y llamado por Jesús por nuestro nombre, y por absoluta iniciativa suya. Esta fe fundamental requiere ser renovada a lo largo de toda la vida. Es la respuesta de la fe confiada y amante al amor primero de Dios que Esteban Gumucio escribe en su poema “Yo pongo mi fe en ti”

*Yo pongo mi fe en Ti, Señor,
a pesar de las oscuras noches
porque de Ti me acuerdo en el transcurso de las horas,
día y noche me acuerdo de Ti
porque Tú me miras con amor,
a pesar de mí,
y te regalas todos los días de mis días.*

Necesitamos creer que el dejarlo todo por Jesús y su Evangelio es el camino para encontrar más auténtica y libremente la propia identidad. Implica entonces asumir los riesgos que conlleva el seguimiento de Jesús y su evangelio, con confianza y disponibilidad. Y esto se vive no sólo en las grandes decisiones, por ejemplo, el optar por la vida religiosa, o el asumir una carrera profesional más orientada hacia el servicio, o adoptar un estilo de vida sencillo por solidaridad con los pobres, sino también en el día a día, en la aceptación de los otros como son, en la aceptación agradecida de sí, en el tiempo sencillamente compartido con los otros.

Necesitamos creer también que, en los períodos de oscuridad, de incertidumbre, no estamos solos ni abandonados, sino estamos acompañados por Jesús que duerme en la barca cuando parece que la barca de nuestra vida pierde dirección y se hunde. Junto a nosotros está el Señor a quien hasta los vientos contrarios y amenazantes le obedecen. Y en este mismo contexto, cuando ni siquiera nosotros sabemos pedir lo que necesitamos, necesitamos creer que el Espíritu de Jesús, grita en nuestro interior que ya somos hijos e intercede ante Dios con gemidos inefables por aquello que necesitamos. Un Señor silencioso y Espíritu gimiente en nosotros, son los dos brazos por los que nos sostiene el Padre y nos atraer hacia Él.

4. ¿De qué tengo que convertir? Tentaciones propias de la etapa

Hay siempre el riesgo de querer “quemar etapas” antes de tiempo, es decir cuando las personas se saltan las etapas de análisis y de crisis en la formación de la propia identidad, y se lanzan al compromiso definitivo, confiando en que sea la vida, los otros, los formadores, el medio que les indicará quiénes son y lo que deben hacer. A causa de esta indefinición, estas personas están hipotecando su identidad. Los resultados de esta decisión suelen ser decepcionantes. Las personas que hipotecan sus vidas se muestran como individuos estables, sobrios y responsables. También pueden mostrarse un tanto pasivos, faltos de curiosidad y de sentido de independencia, de capacidad de riesgo y de audacia para lanzarse en la aventura de responder de verdad a la pregunta de quién soy y qué quiero hacer de mi vida. A nivel de sus representaciones, estas personas se resisten a ver sus miedos, incertidumbres, fragilidades y necesidades. En las relaciones con los demás funcionan mediante estereotipos, se sienten aferrados una tarea o a un rol determinado por los otros, en especial por la autoridad- el formador, los papás, los líderes de entre sus pares. Además estas personas se sienten más seguras en sus roles que en el aventurarse en una relación “cara a cara” con las personas. Las personas de identidad hipotecada se comprometen demasiado pronto. Por ejemplo, hay personas que, sin haber solucionado sus problemas familiares o vocacionales o sin tener claro el objetivo de su vida, buscan una respuesta en el matrimonio, en el sacerdocio o en la vida religiosa. Esperan que una de esas opciones serene sus preocupaciones y aquiete sus miedos. O en otros casos, algunos dan prematuramente por cerrado el proceso de formación de su identidad, con un alto nivel de intolerancia a introducir respuestas nuevas o matices a un proceso de definición de la identidad que es esencialmente dinámico y abierto.

Como en el Evangelio de esta etapa, Jesús previene a sus discípulos de dos caminos que hipotecan su identidad: un primer camino en que los discípulos se conformen sólo a lo que saben de oídas de Jesús, al “qué dirán y qué dicen” los otros. Esta respuesta puede ser sólo una introyección compulsiva y acrítica de las valoraciones y expectativas que el grupo tiene de Jesús y de sus seguidores. Lo que espera Jesús de sus discípulos es una decisión lúcida que manifieste su compromiso personal con él. Y, el segundo camino es una respuesta que supuestamente es dada personalmente por el discípulo a Jesús, como entrega a él pero que, en el fondo lo que se busca es una relación intimista con Jesús que desolidariza al discípulo de los demás y de su compromiso con el mundo. Ahora bien lo que Jesús espera de sus discípulos ante la pregunta de quién es él para ellos implica también estar dispuesto a seguir su camino, abnegándose por los otros y cargando la cruz, en otros términos, estar dispuesto a ofrecer la propia vida.

5. ¿A qué me envía el Señor ahora, cuál es mi misión en esta etapa?

En esta etapa estamos llamados a reconocer en nuestra propia vida esta iniciativa amante de Jesús que nos llama por nuestro nombre y nos asocia a su misión. Esto implica una tarea permanente de hacer nuestro el Evangelio de Jesús e imitar sus actitudes de apertura y sus obras de amor por los otros. Este proceso de acogida y de respuesta a Jesús en un estilo de vida semejante a de él se encuentra expresada en las palabras de nuestro Fundador, Marie-Joseph Coudrin ss.cc. cuando habla del **ardor** o **celo** que define la identidad de los hijos e hijas de los sagrados corazones, como respuesta al amor ardiente que Dios tiene por nosotros, manifestado en Jesús: “Si realmente uno se deja empapar de la ternura del sagrado corazón de Jesús por la salvación de la humanidad, ¿podría uno no estar inflamado de celo por responder al amor de un maestro tan bueno? Lo más importante recordar a los hombres la confianza y al amor de Cristo”¹

En otras palabras, la identidad cristiana resulta del encuentro de un hombre y de una mujer con Jesús, con su Evangelio y con los testigos que viven de Él y como él, y que, asumido como una opción de vida, implica una nueva manera de entenderse y una nueva visión de la propia vida y de lo que cada uno está llamado a ser. Esto se encuentra hermosamente expresado en una de las ideas rectoras del documento conclusivo de la Vª Conferencia General del Episcopado de Latinoamérica y del Caribe, realizada en Aparecida. Sólo es misionero, es decir, testigo y anunciador del Evangelio de Jesús quien antes ha sido discípulo, que se ha encontrado con Jesús como una Buena Noticia y que como tal, quisiera compartirlo: “Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestras palabras y obras es nuestro gozo.” (Aparecida, 29)

La nueva identidad del discípulo que surge del encuentro con Jesús y del ponerse decididamente tras sus huellas, es lo que, por su parte, Esteban Gumucio escribe en ese poema en que dice que el tono y el sabor de la vida del discípulo, su identidad en el seguimiento de Jesús, es el de la buena noticia. Y he aquí los rasgos de esa identidad cristiana vivida como Buena Noticia:

Jesús,

Quisiera vivir de tal manera que llegue a ser cristal transparente.

¹ Memoria del BP acerca del título de celadores 6 de diciembre de 1816. **Celo** según la definición de Juan Vicente González es “ardiente adhesión de su acción a la acción de Dios.” Juan Vicente GONZÁLEZ, *Servidor del amor. Pedro Coudrin. Fundador de los Sagrados Corazones*. Santiago: Congregación ss.cc., 1990, p. 57, “Este celo tiene que ver con el llevar una vida de fe auténtica. No ser cristianos solo de nombre...Tiene que ver con un vivo ardor en el servicio de Dios, sinónimo de diligencia, solicitud, entrega, es una llama divina que pone al religioso al servicio de la causa de Dios y de Cristo, en el servicio de los hombres...El celo es una garantía de trabajar bajo la influencia y el poder del amor de Dios.” Juan Vicente GONZÁLEZ, *El Padre Coudrin, la Madre Aymer y su comunidad*. Roma: Congregación ss.cc., 1978, pp. 124-125

*Que te vean en la sencillez de mi persona;
simplemente ser “yo-mismo-con-otros”,
que haga aparecer tu misterio y tu gracia,
Jesús de Nazaret.*

No, no es desde mi ventana

donde pueda escrutar los signos de tu venida hoy.

Es al caminar al interior de lo que cada día le pasa a mi hermano y me pasa a mí; le pasa a mi pueblo y me pasa a mí.

Vivir de tal manera que cualquier hombre pueda decir: “Ahí quepo yo”.

Vivir de tal manera que suene a Buena Noticia.

Dame unos ojos alegres, que se iluminen desde la ventana de mi corazón.

Dame un corazón alegre que te esté cantando siempre, porque Tú eres maravillosamente amable.

Vivir de tal manera, que yo mismo y todo el mundo reconozca tu Espíritu, ahora presente, dando vida, actuando.

Vivir de tal manera que el Evangelio se refleje hasta en las manos operantes.

Haz de mí una parábola al alcance de los sencillos.

Vivir de tal manera, que me pregunten por Ti, mi amigo Jesús.

Vivir de tal manera que cada noche pueda decirte: “Mañana trataré de estar más atento a mis hermanos.

II.- Subsidios

6. Textos de la Escritura

Leer los relatos de la conversión de Pablo en clave de la transformación y por lo tanto la nueva identidad que él recibe tras el encuentro con Cristo: Hechos 9,1-19; 22,1-16; 26,1.4-18. ¿Cómo se manifiesta Jesús en la vida de Pablo? ¿Cómo lo reconoce como el Señor Resucitado? ¿Cuál es la nueva identidad y misión que recibe Pablo?

Leer también los relatos de confesión de fe de Pablo, en donde él mismo describe lo que ha significado en su vida el aceptar a Jesús y su Evangelio que lo convierte en servidor y testigo: Gal 1,11-24; 1 Tim 1, 12-16; 1 Co 4,9-13; 15, 8-10; Filip 3,4b-16; Gal 2,19-20; 2 Co 4,7-12; 11,22-27. ¿Qué cambios introduce la irrupción y la aceptación de Jesús en la vida de Pablo? ¿Cuál es su nueva identidad y misión?

7. Bibliografía

*Esteban Gumucio, Cartas a Jesús. Santiago: Verbum, 2002.

En especial los capítulos III. “Oración de entrega, abandono y servicio al Reino” y IV “Oración desde la aceptación de sí mismo”. Se sugiere leer estas oraciones de Esteban como insumos para la propia oración la cual puede recogerse y prolongarse por escrito.

*Romano Guardini, La esencia del cristianismo.

*Romano Guardini, La aceptación de sí mismo.

*Christian Duquoc, Jesús, Hombre libre.

*Segundo Galilea, El seguimiento de Cristo. Ed. Paulinas - Bogotá, 5ª edición, 1991.

*Carlos Cabarrús, La danza de los íntimos deseos - siendo persona en plenitud. Desclée De Brouwer, Bilbao, 2006

8. Actividades.

Individualmente o en grupos -por comunidades- se les propone hacer el siguiente trabajo: Recoger y celebrar la acción de Dios en mi vida.

a) Escribir la “historia de salvación”. Recordar lo que Dios me ha dado.

- Trabajo de reflexión: de memoria, de recuerdos y de tomar conciencia de las cosas buenas que has recibido durante toda tu vida. El Señor Jesús te ha regalado muchas cosas buenas, y quiere que tengas un corazón agradecido por todo lo que has recibido.
- Para ayudarte en este trabajo, lo primero que harás es leer con calma la Palabra de Dios. Ella está tomada del profeta Jeremías 18,1-6:

«Palabra que fue dirigida a Jeremías de parte de Yahvé:

Levántate y baja a la alfarería, que allí mismo te haré oír mis palabras.

Bajé a la alfarería, y he aquí que el alfarero estaba haciendo un trabajo al torno. El cántaro que estaba haciendo se estropeó como barro en manos del alfarero, y éste volvió a empezar, transformándolo en otro cántaro diferente, como mejor le pareció al alfarero.

Entonces me fue dirigida la palabra de Yahvé en estos términos:

¿No puedo hacer yo con ustedes, casa de Israel, lo mismo que este alfarero? - oráculo de Yahveh -. Miren que como el barro en la mano del alfarero, así son ustedes en mi mano, casa de Israel.»

- Si tomas conciencia de que Dios es contigo como un alfarero: ¡¡te ha moldeado como un cántaro por puro amor!! Y por ello te ha dado la vida, tu familia, tus padres, tus hermanos, tu Colegio, tus compañeros. Además, te ha dado la posibilidad de vivir cosas buenas, de vivir contento, de experimentar verdaderamente en qué consiste la felicidad. Pero para que hagas un buen trabajo, responde por escrito las siguientes preguntas:
- Haz una lista de todas las cosas que has recibido en tu vida y que consideras buenas: ¿recuerdas algún momento feliz? ¿Recuerdas algún momento en donde estuviste muy contento? ¿Cuáles?
- Quédate en los recuerdos más importantes: ¿podrías anotar en tus apuntes qué personas estaban presentes? ¿Sientes que esas personas te quieren verdaderamente?
- ¿Recuerdas la primera vez que recibiste a Jesucristo? ¿Fue un momento feliz para ti? ¿Podrías escribir ese momento en tus apuntes?

b) Celebrar la historia de mi vida como historia santa.

- Escribir una carta a tu amigo Jesús. A Él le dirás por escrito todo lo agradecido que estás por lo que has recibido en tu vida: le darás gracias por la vida, por la fe, por la familia, por todas las veces que Él se te ha manifestado gratuitamente.
- Antes de escribir tu carta, leerás detenidamente este salmo (139) de acción de gracias. Quédate en las frases que más te llegan: subraya las frases que más te identifican y escríbelas en tu carta.

*«Señor, tú me examinas y conoces;
sabes cuándo me siento y cuándo me levanto,
mi pensamiento calas desde lejos;
esté yo en camino o acostado, tú lo adviertes,
familiares te son todas mis sendas.
Que no está aún en mi lengua la palabra
y ya tú, Yahvé, la conoces entera;
me aprietas por detrás y por delante
y tienes puesta sobre mí tu mano.
Ciencia es misteriosa para mí,
harto alta, no puedo alcanzarla.
¿A dónde iré yo lejos de tu espíritu
a dónde de tu rostro podré huir?
Si hasta los cielos subo, allí estás tú,
si en el abismo profundo me acuesto
allí te encuentras.
Si tomo las alas de la aurora,
si voy a parar a lo último del mar,
también allí tu mano me conduce
y me toma tu derecha.
Aunque diga: «¡Me cubra al menos la tiniebla,
y la noche sea en torno a mí un ceñidor,
ni la misma tiniebla es tenebrosa para ti,
y la noche es luminosa como el día.
Porque tú mis entrañas has formado
me has tejido en el vientre de mi madre;
yo te doy gracias por tantas maravillas:
prodigio soy, prodigios son tus obras.
Mi alma conocías cabalmente
y mis huesos no se te ocultaban,
cuando era yo formado en lo secreto,
tejido en las honduras de la tierra.
Tus ojos veían mis acciones;
en tu libro están inscritos
todos los días que han sido señalados,
sin que aún exista uno solo de ellos.
Mas para mí ¡qué arduos son tus pensamientos,
oh, Dios, qué incontable su suma!
¡Son más, si los recuento, que la arena
y al terminar, todavía estoy contigo!
Sondéame, oh Dios, mi corazón conoce
pruébame, conoce mis desvelos;
mira no haya en mí camino de dolor,
y llévame por el camino eterno.*

- Luego de subrayar las frases escríbelas en tu carta. Di al Señor: «Te doy gracias por estas frases...». Y luego enumeras aquello que quieres agradecer.

- Se puede terminar haciendo un trabajo más de interiorización de lo vivido y para ello se les pide que tomen un poco de arcilla y hagan una figura. Esta figura soy yo que da gracias a Dios por todos los momentos en donde he reconocido la historia de Dios en mi vida. Y mis manos son las manos de Dios que me ha ido moldeando y me moldea aún, a través de las personas, de los acontecimientos, de las palabras en donde he sentido y siento la presencia de Dios que hace de mi vida una historia santa, una historia de Dios caminando conmigo.

2. JUVENTUD Y PRIMERA ADULTEZ

Etapa de la intimidad:
término de la formación (4ª etapa)
y primeros años de ministerio, 26 a 35 años.

I. Descripción

1. Elementos psicológicos y espirituales

La etapa corresponde a los primeros años de ministerio pastoral, desde la ordenación a los 35 años aproximadamente. Es el tiempo en que los jóvenes comienzan a asumir responsabilidades adultas de la vida, a tomar decisiones importantes para el futuro, a hacer opciones que tienen que ver con la vocación para la vida. Es un tiempo de mucho preparar, de proyectar y de comenzar a vivir muchos comienzos (estudios, trabajos, pareja, etc.). Es el tiempo de los primeros años de ministerio presbiteral, marcados por las nuevas posibilidades de servicios que dicho ministerio abre, por los nuevos requerimientos con que las personas se acercan a uno y con las tensiones que se agudizan: acción y contemplación, ministerio y vida religiosa, exigencias institucionales y realización personal, etc.

Esta etapa está marcada por dos desarrollos.

a) En el plano psicológico: Se busca tener una identidad que no sea definida por los demás, que no esté compuesta exclusivamente por los roles significativos que cada uno desempeña en la vida. Sin embargo, por las nuevas responsabilidades que se asumen- ministerios- como por la inserción más de lleno en la actividad apostólica, hay una tensión que se produce entre la búsqueda de identidad de cada uno y las expectativas y deseos de los otros. Además en esta etapa se consolida una cosmovisión claramente diferenciada de la de los demás, capaz de sostener coherentemente la propia identidad; aquí los símbolos se vuelven conceptos y opciones movilizadoras y configuradoras de vida.

b) En el plano espiritual: el desafío de esta etapa es el de la “intimidad”, entendida esta como la actitud de asumir profundamente las grandes convicciones de la vida y de empezar a vivir en consecuencia. Esta actitud surge como respuesta a un llamado de Señor que en esta etapa resuena con la fuerza de la invitación hecha por el mismo Señor a estar con Él y a asociarse su misión. En el fondo, es el llamado a abrazar la causa de Jesús y de su evangelio y a entregarse enteramente en este servicio. Es también un tiempo en que se sigue aprendiendo y creciendo a partir del contraste con la realidad, con las nuevas responsabilidades asumidas, con la nueva hondura desde la que se viven las relaciones con las personas, gracias al ministerio. En el caso de laicos, esta nueva hondura tiene que ver con la experiencia de entrada en el mundo laboral, de constitución de una vida de pareja con proyecto de futuro, la llegada del primer hijo o hija. Puede ser una etapa de muchas crisis, pero que redundan en una actitud más realista, más reconciliada con las capacidades y las fragilidades propias de nuestra condición humana.

Esta tarea supone un proceso de internalización de las expectativas que unos mismo y sobre todo los otros se hacen respecto de sí, en otras palabras un proceso de de cierto “egoísmo” en que la construcción de la persona se vuelve lo más importante. Más concretamente esto se traduce en la búsqueda de la identidad ministerial, es decir, el cómo cada uno marca con su sello o estilo personal el ministerio recibido al mismo tiempo cada uno es configurado por él. Esto no quiere decir que los

demás no importen, sino que se define la propia identidad más claramente en una relación íntima consigo mismo, con los demás y con Dios.

En términos de desarrollo de la fe, ésta se expresa de manera “individual-reflexiva”, es decir se ha asumido la fe de manera adulta, realista, razonada y comprometida. Hay una preocupación por hacerla crecer, por alimentarla y por expresarla sin fanatismos ni fundamentalismos.

El paso a la etapa siguiente es preparado por la escucha de las voces interiores, que son enérgicas y capaces de perturbar las seguridades adquiridas; por la presencia de historias, símbolos y mitos, tanto en la propia tradición como en las ajenas, que chocan con la claridad y radicalidad de la propia fe; y por las desilusiones personales, que ayudan a reconocer que la vida es bastante más compleja que lo que cabe en la cosmovisión propia.

2. Evangelio para esta etapa

La buena noticia para esta etapa de la vida es por un lado, la acogida del llamado de Jesús, por libre iniciativa suya, a los que él quiere para que estén con él, formen parte de los suyos y al mismo tiempo, para asociarlos estrechamente a su misión, para enviarlos a predicar. (cf. Mc 3,13-19). Con el realismo creciente de esta etapa, la buena noticia es entonces sorprenderse de que Jesús haya puesto su mirada en uno para ser su amigo y hermano. Hay en esta buena noticia una dinámica responsorial que compromete la vida entera del que quiera ser discípulo de Jesús. A partir de Lucas 9, 18-27 vemos algunas de las características de esa dinámica:

a) El paso de una fe recibida de otros a una fe vivida como decisión personal en respuesta al Señor. Se produce un proceso de relectura de la propia historia de fe y en ella de purificación de lo que cada uno ha vivido en el camino con Jesús. Y todo ello redunda en una respuesta personal que se da ante el Señor que pregunta: “Y **tú** ¿Quién dices que yo soy?”

b) Es el tiempo en que se reconoce la supremacía de Dios en la vida y en la vocación personal. Es tomar conciencia renovada de que es el Señor el que nos llama de manera continua para colaborar en su misión, abrazando su causa del Reino, corriendo los riesgos que ello implica y aportando lo mejor de cada uno de nosotros mismos.

c) Es también el tiempo de asumir que la fe conlleva dificultad y persecución. Es el contraste entre la decisión de seguir a Jesús, la grandeza de la misión que él nos confía y la conciencia de la propia fragilidad en este seguimiento.

Tiene que ver con la etapa del “granero”, es el comienzo del ministerio del Buen Padre, en que llamado por la situación de su época comienza a descubrir las consecuencias de su opción por ser fiel a la Iglesia y a encauzar su trabajo pastoral. En el texto del 37º Capítulo General de los hermanos leemos: “Nuestro dinamismo apostólico se funda en el amor del Buen Dios que nos lleva de la mano y a cuya Providencia nos confiamos. Tanto en las decisiones sobre cambios o novedades en nuestros compromisos, como en el mantenimiento de nuestras tareas a las que ya nos dedicamos, nos inspiramos de lo que vivió el Fundador poco después de su ordenación: la reclusión en el granero (oración y meditación bajo la presión de la amenaza de un mundo peligroso), la decisión arriesgada y “poco sensata” de salir (creyéndose el único sacerdote superviviente ¿Qué podía hacer ante semejante situación?), el ofrecimiento de la vida bajo la encina (apuesta por el amor de Dios y entrega sin componendas ni vuelta atrás)” (Nuestra Vocación y Misión, 29).

3. ¿En qué tengo que creer? Acentos de la fe en esta etapa

Esta etapa desafía a creer con una fe marcada por el servicio y la entrega:

a) Jesús que llama a ser sus discípulos a asumir la causa del reinado de Dios. Jesús no sólo llama a los que él quiere sino que los hace partícipes apasionados de su misma misión. Se trata entonces de estar disponible a dejarse entusiasmar y descentrarse de sí para recentrarse en causa de Jesús y de su evangelio.

b) Creer en la fecundidad paradójica del llamado de Jesús. Esto significa a “perder” la vida por Él y como él para “ganarla”, dejarlo todo por Él, para abrirse a una fecundidad insospechada, la del ciento por uno, asumiendo también las dificultades y conflictos que esto conlleve. Es esta fecundidad la que se destaca en el 37º Capítulo General: “Frutos del grano de trigo que es Jesús, también nosotros estamos llamados a ser fecundos. No hace falta ser fuertes para realizar la misión. Pero hay que aceptar morir como grano de trigo. Y aun hay que ser “grano”, es decir, simiente de potencialidad para germinar. No toda forma de “perder” permite “ganar”. En nuestro caso, es el amor de Cristo lo que nos apremia. Nuestra manera de ser fecundos será la de “morir por amor” (Nuestra Vocación y Misión, 26)

c) Abrirse a la alegría que brota de la búsqueda del querer de Dios, siempre sorprendente y que se expresa concretamente en el seguimiento de Jesús. Es él el que nos acompaña y nos capacita con su Espíritu para que respondamos a su amistad y confianza, que es más grande y más fuerte que nuestras capacidades o limitaciones. Como lo señala el documento conclusivo de Aparecida y que define el talante gozoso del ser cristiano: “La alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestras palabras y obras es nuestro gozo.”(Aparecida, 29)

Cuando estamos en esta etapa nos podemos reconocer en la parábola del tesoro escondido (Mt 13,44). En efecto esta parábola expresa la fascinación y la alegría que conlleva el encuentro con Jesús, su llamado, la manera como asocia a sus discípulos de su misión. El tesoro es la prioridad del llamado de Jesús y de su venir al encuentro de cada uno de nosotros, de donde surge una nueva jerarquía en la vida y la prontitud gozosa de la respuesta a su llamado a “venderlo todo”.

4. ¿De qué me tengo que convertir? Tentaciones propias de esta etapa

En esta etapa un peligro está en creer resolver los desafíos que se presentan, contentándose con una actitud de continuo ensayo, de permanente huida de los compromisos, sin una clara relación entre las limitaciones de la realidad y las condiciones propias.

Otro peligro reside en el activismo, es decir en la entrega ciega a la vida ministerial, perdiendo de vista el motivo de dicha entrega, que es la fascinación por la persona de Jesús, y el deseo nuestro de colaborar *con él* en su misión.

Por lo mismo, una tentación de esta etapa es la de construir la propia vida desde la ilusión de sí mismo- imagen idealizada de sí. Se busca responder al llamado de Dios pero sin asumir los costos y exigencias que ello progresivamente conlleva. Es posible elegir la vida y no asumir las consecuencias de este compromiso y quedarse con una fe cómoda, querer quedarse sólo con lo bueno, con lo seguro, en donde me siento bien.

Otra tentación es quedarse fijado en la etapa anterior y vivir de sueños y situaciones ideales, en que la realidad se transforma en un obstáculo por evitar más que en un desafío o una incitación para recrear

los sueños de la etapa anterior. Es un tiempo para convertirse de un fenómeno de acomodamiento y de falta de entereza y radicalidad necesarias para responder al llamado de Jesús y para asumir sus consecuencias.

Otra tentación es confundir la actividad pastoral con una actividad social. Hay por lo tanto un llamado permanente a revisar las motivaciones de la entrega, por generosa y abnegada que ella sea. Es necesario convertirse de las pequeñas causas, centradas en uno mismo como son la búsqueda desordenada del éxito personal, de seguridades afectivas, en la instalación en el propio bienestar, o buscar un nido afectivo fuera de la comunidad, como formas de compensación a las renunciaciones y exigencias del llamado. Si bien en esta etapa los inicios de la actividad ministerial, con sus atractivos y sus exigencias, ocupan la mayor parte de nuestro tiempo y preocupación, se hace importante el cultivar espacios de gratuidad y de amistad tanto con Jesús como con la comunidad. La oración en esta etapa está centrada en mirar a Jesús, su manera de vivir el ministerio y en abandonarse en sus manos para hacerse disponible a su misión. La comunidad por su parte, contribuye a introducir un equilibrio en una vida ministerial volcada más hacia la tarea, en la medida en ella hay un clima de acogida e interés mutuo, de apertura para compartir las repercusiones y exigencias que conlleva el ministerio y de confianza para acompañarse y corregirse mutuamente.

5. ¿A qué me envía el Señor? Mi misión en esta etapa

Es el tiempo de una nueva definición vocacional, de saberse llamado por una elección que en primer y último término, reposa en una iniciativa libre y amorosa de Jesús. Junto con ello, hay un descubrimiento progresivo de que la tarea y ministerio que se han conferido y confiado a cada uno, son para colaborar en la misión que es la de Jesús, en la Iglesia que es su cuerpo.

También hay un llamado a la radicalidad, a darlo todo cada vez, lo que evidentemente va variando en su expresión, a medida de lo que cada uno vaya descubriendo y abrazando el querer de Dios

Esto supone un llamado a asumir las responsabilidades propias de la vida adulta, tanto en lo personal-afectivo, como en lo más institucional. Los hermanos de esta etapa comienzan a asumir las tareas y responsabilidades propias de la comunidad, muchas veces con más entusiasmo que con experiencia, pero, a la vez, con deseos de entregar la vida tanto en las tareas cotidianas como también en las nuevas iniciativas que se emprendan.

El Buen Padre al salir del granero se enfrenta a la disyuntiva de servir a la Iglesia y arriesgar la vida, la promesa realizada a los pies de la encina expresa su deseo de entregar la vida por la causa que lo llena de celo: “Cuando salí me prosterné al pie de una encina que había no lejos de la casa, y entregué mi vida. Porque me había hecho sacerdote con la intención de sufrirlo todo, de sacrificarme por Dios y morir si fuera necesario por su servicio. Sin embargo, tenía un cierto presentimiento de que me salvaría”.²

II. Subsídios

6. Textos de la Escritura

Seguir el itinerario de Pedro en el Evangelio, deteniéndose en las distintas respuestas que él da a los llamados del Señor; en la primera llamada al borde del lago (Mc 1,16-18; Lc 5,1-11), la confesión de fe en Jesús en el camino (Lc 9, 18- 20) y la nueva respuesta al Resucitado al borde del lago (Jn 21,15-19)

² González, Juan Vicente. Servidor del amor. Pedro Coudrin. Congregación de los Sagrados Corazones 1990. Pág. 82.

También es iluminador el itinerario de Pablo, su paso de perseguidor a ser perseguido y alcanzado por el Señor (Hch 9,1-19;22,6-16) Tras el encuentro con Jesús, se puede apreciar el ardor de su entrega, centrada en el anuncio de Cristo Crucificado y Resucitado, asumiendo con ese mismo ardor los conflictos y dificultades que la realización de esta misión conlleva. (2 Cor 4, 1-18) Pablo asume la paradoja del servicio al estilo de Jesús: “Por causa de Cristo lo he perdido todo, y todo lo considero basura a cambio de ganarlo a él” (Filp 3, 8) Y finalmente el camino de entrega realizado por Pablo, en donde el apóstol entregado y generoso se hace servidor humilde del Señor que ya está actuando en el corazón de las personas, en su Iglesia (Hech 20,17-38)

También para una mirada de la Iglesia y de la congregación releer las cartas del libro del Apocalipsis 2,1-3,22, deteniéndose especialmente en la mirada que el Viviente tiene de cada una de las iglesias, la distancia que hay entre la primera respuesta y la que pide hoy el Señor, la invitación a renovar la confianza en Él que ahora vive y a escuchar en el presente “lo que el Espíritu está diciendo a las iglesias” y a la congregación.

7. Sugerencias bibliográficas

- *Segundo Galilea, El seguimiento de Jesús. Bogotá: Ed. Paulinas, 1989
- *Esteban Gumucio, Cartas a Jesús. Santiago: Sagrados Corazones, 2002
- *Christian Ducquoc. Jesús un hombre libre. Salamanca: Sígueme, 1976
- *Joan Chittister OSB, Doce pasos hacia la libertad interior. Sal Terrae, 2005
- *Richard Rohr, El hombre salvaje. Espiritualidad sobre liberación masculina. EDICEP, Valencia, 1997
- *James B. Nelson, La conexión íntima. Sexualidad del varón, espiritualidad masculina. Desclée De Brouwer, Bilbao, 2001
- *Henri J.M. Nouwen, Tres etapas en la vida espiritual. Un proceso de búsqueda. PPC, Madrid, 5ª edición, 2001

8. Actividades y propuestas diversas

En el plano individual

- Promover la lectura meditativa del libro de Esteban Gumucio, *Las cartas a Jesús*, en especial los capítulos III “Oración de entrega, abandono y servicio al Reino”, pp.67-109. IV “Oración desde la aceptación de sí mismo”, pp. 110-117. Se invita a prolongar meditaciones y oraciones, poniéndolas por escrito.

En el plano comunitario

- Promover los encuentros de generación- en especial la de los neo-ordenados, la generación 90b con este material y con los textos de Esteban siguiendo el itinerario que aquí se propone.
- Favorecer experiencias personales y comunitarias de “granero”- en el noviciado, en la propia comunidad o en otros lugares- apoyándose en los itinerarios bíblicos antes señalados, en los textos de Esteban Gumucio, *Cartas a Jesús. Oraciones del padre Esteban*, 2002, y en el documento “Nuestra vocación y misión” del 37º Capítulo General de los hermanos.
- Leer y trabajar en comunidad el capítulo IV del documento de Aparecida: “La Vocación de los discípulos misioneros a la santidad” (nº 129-153). Se lo puede leer desde la clave del discipulado y sus rasgos principales así como también como desde el desafío de definición de la identidad y estilo ministerial del religioso ss.cc.

3. LA TRANSICIÓN EN LA MITAD DE LA VIDA

Entre las etapas tratadas en los puntos 2 y 4

I. Descripción

Esta etapa se distingue de la anterior porque lo alcanzado en ella ya no es suficiente. Gregorio Magno nombra como detonante de esta etapa la “acedia” (el “demonio del mediodía”) y lo describe así: “la desesperación, desaliento, mal humor, amargura, indiferencia, somnolencia, aburrimiento, evasión de sí mismo, hastío, curiosidad, dispersión en murmuraciones, intranquilidad del espíritu y del cuerpo, inestabilidad, precipitación y versatilidad.” Ciertamente estas descripciones valen para las distintas situaciones personales y no necesariamente todas coinciden en una y la misma persona. Veremos como justamente a través de este estado de ánimo Dios quiere invitarnos a encontrarnos con nosotros mismos superando nuestro “ego”, a “llegar a ser lo que somos” para encontrarlo a Él.

1. Elementos psicológicos y espirituales



La casa de mi vida se parece a un edificio redondo y plano (como una torta), pero esto lo noté bastante tarde.

Hoy lo veo así:

Yo daba vueltas a lo largo o alrededor de los muros exteriores de la casa de mi vida, eternas vueltas.

Creía conocer el mundo exterior y tenía bastante éxito en mis cosas.

Pero mi propio interior no lo conocía.

Así pasaron muchos años.

Al llegar a la mitad de la vida me llegaron los primeros problemas cardíacos.

El dar vueltas alrededor de mi casa me satisfacía cada vez menos. Yo molestaba a todo el mundo, mi vida era vacía, llena de contradicciones, sin sentido, no valía la pena.

Y cuanto más sufría con todo esto, tanto más corría, me estresaba, tanto más me alejaba de la verdadera meta, del verdadero centro de mi vida.

Muy adentro lo sabía, pero todavía no me era posible admitirlo frente a mi mismo y frente a los demás.

Me cansaba cada vez más y mi carrera diaria se hizo más lenta.

Nació el deseo de entrar en mi interior, de ahondar, de encontrar el centro.

El ritmo de mi vida era demasiado acelerado, de tal manera que cada vez que pasaba por la entrada de mi casa, pasaba de largo. La entrada era pequeña, no resaltaba a la vista. Comencé a buscar seriamente. La casa de mi vida tiene una sola entrada angosta y escondida. Finalmente la encontré.

Mi primera reacción fue tener miedo a perder mi libertad. El riesgo era muy grande de encontrarme con algo completamente desconocido e incierto. Pero llegué a un punto en que eché a un lado el miedo de mi mismo. Con cuidado entré al espacio interior de la casa de mi vida. Pero no había espacio, había sólo un pasillo estrecho, una manga, por donde pasaba sólo una persona a la vez. No podía correr para adelantar a alguien como lo había hecho tantas veces. Nadie salía a mi encuentro que me necesitara.

Estaba solo conmigo mismo y - no había luz.

Sólo el pasillo angosto me indicaba la dirección y el camino.

Me decía a mi mismo: no puedes detenerte, no hay vuelta para atrás.

Entonces no sabía todavía que el rodeo era el camino más directo para llegar al centro.

Con frecuencia el tramo era muy largo y monótono, otras veces era corto.

Había curvas y vueltas en todas direcciones, perdí la orientación por completo.

A veces creía que la meta estaba al alcance de la mano, otras veces todo el esfuerzo me parecía en vano. Con fe ciega avanzaba por el camino, renunciando a la posibilidad de alcanzar la meta.

Hasta que de improviso se abrió delante de mi un espacio. Entré y avancé hasta el centro y me di vuelta en la dirección de donde había venido. Era el momento de la conversión.

El largo camino por la oscuridad de la noche y de la soledad me había llevado al centro. Este era el lugar donde acontecen la muerte y la resurrección.

Me sentía cambiado. Vida nueva bullía dentro de mi. Mis ojos se iluminaban, mis sentidos se llenaban de espíritu y vida. Soy otro. Lo que he vivido y experimentado no se puede describir. No es nada asible y sin embargo es la única realidad. El que lo ha experimentado lo sabe.

Pude iniciar el retorno, el camino del interior hacia el exterior, el camino hacia el mundo.

Pero mi vida ahora tenía otra orientación.

El camino desde el exterior hacia el centro es un vía crucis, un camino de sufrimiento que lleva a la muerte del yo.

El camino del centro hacia afuera es el camino en el que el hombre nace de nuevo.

En el fondo es el mismo camino, son las mismas vueltas de camino, los mismos tramos largos y aburridos, las mismas angosturas, la misma oscuridad.

No es el camino que cambió, más bien es mi corazón, todo mi ser el que cambió.

Avanzo ahora por el mismo camino, pero con una libertad serena, pleno de vigor, con una luz interior y esperanza alegre.

Cuando surgen dificultades ya no me enredo en la vueltas de mi propio yo, porque mi “ego” ha muerto.

Ahora enfrento serenamente las pruebas de la vida y avanzo.

Así crece y madura mi persona caminando y avanzando en el camino.

Y mi casa, la casa de mi vida, nuevamente me doy vueltas alrededor de ella como en tiempos ya pasados y mantengo relaciones con muchas personas.

Pero todo ha cambiado:

Ahora conozco el exterior y el interior, vivo con el alma en equilibrio, me he conectado, puedo sacar agua del propio pozo, del pozo en el centro de mi vida. Mi acción hacia afuera está acompañada por una promesa y plena de sentido.

La vida vale la pena.

El que ha recorrido los largos pasillos del laberinto de su vida, encontró su centro, llegó a casa y habita la casa de su vida.

Y eso es bueno.

La mitad de la vida, o sea la etapa entre los 35/40 y 45/50 años (según cada persona) es, en palabras del poeta Charles Péguy, “la edad en que llegamos a ser lo que somos”. Una antigua sentencia hindú expresa: “Hasta los 20 años el hombre **aprende**; de los 20 a los 40 **realiza**; a los 40 peregrina en **busca de sí mismo**; a los 60 **renuncia**, ha encontrado por fin la sabiduría del “no deseo”. Para los padres del desierto la “mitad de la vida” es la hora del “demonio del medio día”, la “acedia”. Es el “tedio de la vida”, la “tristeza espiritual”, el “rechazo que el hombre dedicado a las cosas de Dios siente por todo lo espiritual”. Esto nos hace recordar el salmo 90: “No temerás ... ni la epidemia que devasta al mediodía.”

Con cuarenta comienza la vida. El hombre hace lo que quiere, lo comienza como quiere, pero no alcanza nunca la verdadera paz hasta que su ser no sea imagen del hombre celeste que no es antes de los cuarenta años. Hasta entonces está ocupado con muchas cosas y la naturaleza le lleva de aquí para allá y muchas veces sucede que la naturaleza le domina y él cree que es el mismo Dios y no puede alcanzar la verdadera y plena paz y ser celeste del todo antes del tiempo dicho. Luego el hombre debe esperar diez años antes que el Espíritu Santo, el consolador, en verdad le llene. El Espíritu Santo que lo enseña todo. (Juan Tauler)

Para Tauler se trata de alcanzar el “fondo de la propia alma”, que es lo más íntimo y propio de la persona humana, el fundamento en el que todas las fuerzas del alma se unifican. Es el punto en el que la persona humana está de verdad consigo misma y en el que Dios habita. Ese fondo del alma no se puede alcanzar con las propias fuerzas, ni mediante el esfuerzo ascético y ni siquiera con mucha oración. No se alcanza llegar al “fondo del alma” por el esfuerzo y el hacer, sino por el abandonarse, por el entregarse, cuando se deja actuar a Dios. Dios, a través de las experiencias de la vida, nuestros errores y fracasos, nuestra debilidad, nos va vaciando y despojando. Estas experiencias se condensan en la mitad de la vida. Y aquí es importante que nos dejemos conducir por El hasta el “fondo del alma” atravesando las arideces y vacíos del propio corazón. En este “fondo del alma” no nos encontramos con nuestras imágenes y sentimientos sino con el Dios vivo.

Todos los santos pensamientos y amables imágenes y la alegría y júbilo y lo que le había sido dado por Dios le parece ahora una cosa pesada y se disipa demasiado de tal manera que ya no encuentra gusto en todo ello y no puede continuar. Esto no le gusta y lo que le atrae no lo tiene. De esta manera está entre dos polos y se encuentra en gran dolor y apretura.³

Así describe Tauler la crisis de la mitad de la vida en personas religiosas que comienzan a sentirse vacías y sin ánimo. Con frecuencia se reacciona mal ante la crisis a la que Dios le ha llevado. Confrontar también a Juan de la Cruz en su descripción de la Noche Oscura, que para Juan es una crisis de crecimiento:

³ Tauler citado en Anselm Grün, La Mitad de la Vida como tarea espiritual, Narcea, Madrid, 1998; p. 39

*Y así, los deja tan a oscuras que no saben dónde ir con el sentido de la imaginación y el discurso, porque no pueden dar un paso en meditar como antes solían, anegado ya el sentido interior en estas noches, y déjalos tan a secas que no sólo (no) hallan jugo y gusto en las cosas espirituales y buenos ejercicios en que solían ellos hallar sus deleites y gustos, mas, en lugar de esto, hallan por el contrario sinsabor y amargura en las dichas cosas; porque, como he dicho, sintiéndolos ya Dios aquí algo crecidillos, para que se fortalezcan y salgan de mantillas los desarrima del dulce pecho y, abajándolos de sus brazos, los veza (aveza = acostumbra) a andar por sus pies; en lo cual sienten ellos gran novedad porque se les ha vuelto todo al revés.*⁴

2. Evangelio para esta etapa

La Buena Noticia en esta etapa es que lo vivido hasta ahora no fue todo. Hay más, y este “más” está dentro de mí. Si hasta ahora he estado explorando, descubriendo, conquistando mundos “por fuera”, y me he ubicado en este mundo al que pertenezco, ahora estoy invitado a descubrir, conocer y entrar en mi “mundo interior”. Estoy invitado a descubrir que aquel lado mío que hasta ahora no podía florecer, al que no prestaba atención, al que negaba porque me daba vergüenza, aquel lado ahora tiene su oportunidad. Y esta es la oportunidad de Dios, pues en la aceptación de lo contrario, lo opuesto, en la relativización de mi persona, en la aceptación de mi sombra aprendo a ser humilde y mi “ego” deja espacio a Dios. Esta experiencia la expresa San Agustín con este hermoso poema:

*¡Tarde te amé
hermosura tan antigua y siempre nueva,
tarde te amé!
Tú estabas dentro de mí,
yo, fuera.
Por fuera te buscaba
y me lanzaba sobre el bien y la belleza
creados por Ti.
Tú estabas conmigo
y yo no estaba contigo
ni conmigo.
Me retenían lejos las cosas.
No te veía ni te sentía,
ni te echaba de menos.
Llamaste y clamaste,
y rompiste mi sordera.
Mostraste tu resplandor
y pusiste en fuga mi ceguera.
Exhalaste tu perfume,
y respiré
y suspiro por Ti.
Gusté de Ti,
y siento hambre y sed.
Me tocaste,
y me abrazo en tu paz.*

⁴ San Juan de la Cruz, Noche Oscura; Madrid 1997, p. 83

Santa Gertrudis describe su experiencia gozosa así: Dios, que eres Verdad de un resplandor superior a todas luces, pero más oculta que el profundo abismo⁵ habías determinado ahuyentar la densidad de mis tinieblas, comenzando blanda y suavemente aquella turbación que un mes antes habías levantado en mi alma, con la cual, según me parece, procurabas destruir la torre (Gn 11) de mi vanidad y curiosidad, en la cual habría crecido mi soberbia, que ¡oh dolor!, llevaba el nombre y el hábito de la Religión. De este modo encontraste el camino por el que me mostraras tu salvación⁶.

Si en esta etapa hay desánimo, “turbación” o “apretura”, es que Dios nos quiere llevar a que nos encontremos con Él, atravesando nuestra sordera y ceguera nos hace escuchar su voz e iluminando nuestra oscuridad nos hace gozar con el resplandor de su belleza. No se trata de cambiar la forma de vivir sino la vida misma.

3. ¿En qué tengo que creer? Acentos de la fe en esta etapa

Es tiempo de releer mi historia, aceptándola como historia de salvación incluso en su negatividad y pecado. Dios nos reconcilió en Cristo asumiendo nuestro pecado. (Lc 15; 2 Cor 5; Rom 4-5; Ef 2). Sólo la fe en un Dios que nos acepta como somos, gratuita e incondicionalmente, nos permite aceptar y asumir nuestro pasado con sus culpas, cobardías, traumas y errores.

Estoy invitado a creer que al final de este largo camino hacia el interior, hacia el centro del laberinto me encontraré conmigo mismo y que en este “lugar”, donde soy yo mismo, Dios me espera. En la oscuridad del laberinto, en el útero y la cueva, ahí donde no hay ninguna otra luz me encuentro con “su resplandor” que pone en fuga mi ceguera y mi oscuridad. El perfume que Él exhala en este “lugar” escondido y en este encuentro me hace “suspirar” por Él, y en este anhelo de Dios encuentro la paz. Como dice Evagrio Pónico: “Una vez concluido el combate, un estado apacible y un gozo inefable suceden al alma”.

4. ¿De qué me tengo que convertir? Tentaciones propias de esta etapa

Con frecuencia se reacciona mal ante la crisis. Los maestros de la vida espiritual enumeran y describen algunas reacciones equivocadas:

a) La primera consiste en negarse a dirigir la mirada al interior de sí mismo. No reconocer que la raíz de la inquietud está en el propio interior sino buscarla fuera, en los demás, en las estructuras, en las instituciones. Se proyecta el descontento de sí mismo hacia fuera y se obstruye con reformas exteriores la entrada al fondo de su alma. La lucha con lo exterior exime de enfrentarse consigo mismo, de luchar consigo mismo.

b) La segunda consiste en aferrarse a actividades exteriores (activismo) eso lo mantiene ocupado y “entretenido” y elude la confrontación interior.

c) La tercera consiste en buscar remedio a la inquietud y el desánimo en un cambio de la forma de vida. No es la forma de vida lo que hay que cambiar, es la vida, el interior, lo que está llamado a transformarse. La tentación es no entender bien el propio desasosiego, no oír la voz de Dios que quiere precisamente llevar a la persona a su propio interior a través de la “apretura” y en vez de enfrentarse a los cambios interiores se queda en los cambios exteriores.

⁵ San Agustín, Confesiones, 9,1

⁶ Sal 49, 23

En síntesis, la tentación de esta etapa es permanecer en el “exterior”, o querer abandonar la carrera o la lucha. La respuesta es la resistencia o la perseverancia.

5. ¿A qué me envía el Señor? Mi misión en esta etapa

Podemos llamar esta etapa de la vida un tiempo de gracia, un tiempo de la visita del Señor, que nos invita y nos envía como a Nicodemo a nacer de nuevo para poder ver y anunciar el Reino de Dios (conf. Jn 3). Este es el momento en que nuestro “viaje al propio interior” permite que comencemos a sacar cosas nuevas y cosas viejas de nuestro tesoro. (conf. Mt 13, 52)

En la mitad de la vida nuestras tareas habituales seguirán posiblemente como siempre, pero la misión propia de este tiempo es prestar el oído a la voz interior y poner manos a la obra del desarrollo de la personalidad interior, en lugar de estar como hasta entonces a la escucha de las expectativas del mundo.

“Lo que la juventud encontró, y debía encontrarlo fuera, el hombre de la tarde lo debe encontrar en el interior.”

Para C. G. Jung los problemas con que se tropieza la persona en la mitad de la vida dependen de la tarea que la segunda mitad de la vida le exige y en los que tiene que empeñarse:

- relativización de su persona;
- aceptación de la sombra;
- integración de *anima* y *animus*;
- desarrollo del “sí mismo” en la aceptación de la muerte y en el encuentro con Dios.

Para C.G. Jung toda la vida humana es como un conjunto de contradicciones, contrastes o polaridades. Frente al consciente está el inconsciente, frente a la luz la sombra, frente al *animus* el *anima*. La contradicción o polaridad es esencial al ser humano. El ser humano no llega a su plenitud, es decir no se desarrolla hasta el “sí mismo” (*self*), si no consigue integrar las contradicciones en lugar de eliminarlas. En la segunda mitad de la vida se trata “no de una conversión a lo contrario sino del mantenimiento de los valores antiguos a la vez que se reconocen sus contrarios”.

Es el momento de aprender la **humildad**. La humildad es nuestro lugar verdadero en la vida, en el mundo, junto a los demás y delante de Dios. El camino que nos lleva a nuestro propio interior para allí transformarnos, nos ubica en nuestro verdadero lugar y al llegar podemos cantar con María, llenos de gozo y de paz, nuestro propio *Magnificat*.

II. Subsidios

6. Textos de la Escritura

“El Evangelio de Juan nos propone el bello relato del encuentro de Jesús con **Nicodemo**: ‘... éste fue de noche a visitar a Jesús... Te aseguro que el que no nace de nuevo no puede ver el Reino de Dios. ¿y cómo puede uno nacer cuando ya es viejo? ...¿cómo puede ser eso?’ (Jn 3, 1 - 8). Este relato parece plantear el necesario y significativo cambio que es requerido al adulto para pasar de la noche a un nuevo día existencial. Muchas veces me he preguntado si varios relatos de conversión en el Nuevo Testamento, no hacen referencia expresa a este fenómeno existencial del cambio o transformación (transición) de la mitad de la vida: *San Pablo*, *Nicodemo* (Jn 3, 1 - 8), *La Samaritana* (Jn 4, 5 - 30.39 - 42), *Zaqueo* (Lc 19, 1 - 10), *María Magdalena*... aparecen encontrándose con el Señor de una manera transformadora, ¿podríamos hipotetizar que esta transformación espiritual tiene una

vinculación con los procesos existenciales que vivían estas personas y que el encuentro con Jesús les permitió entrar en su interior y encontrarse con su verdad, transformando sus vidas?” (Javier Cerda, *La mitad de la vida*, p. 6)

Nicodemo duda si un hombre, “siendo viejo”, puede volver a entrar en el útero de su madre. No estaba tan equivocado, hay que entrar al interior, al propio interior, para nacer de nuevo. Si la transición en la mitad de la vida es una invitación a entrar al propio interior, en este hermoso texto de Juan queda claro que este “entrar al propio interior” no es para quedarse ahí, retirado del mundo y de los demás, sino para “nacer de nuevo”, para que habiendo entrado en mi mismo, habiendo muerto el “ego” pueda estar en el mundo, en relación y compromiso con los demás, con la creación, con Dios de manera nueva, integrada, madura.

Las figuras de la *Mujer Samaritana* y de *Zaqueo* muestran como Jesús acompaña a ambas personas a entrar en su propio interior, a descubrir sin miedo “todo lo que he hecho” o sea “todo lo que soy” y a “nacer de nuevo” transformando la vergüenza, la frustración, el miedo, la humillación en “humus” para una nueva vida. Ambas figuras se habían escondido. La Mujer Samaritana iba al pozo a una hora en que nadie más iba, las mujeres de su pueblo iban en la “fresca” de la mañana o de la tarde, ella fue al medio día. Zaqueo no solo por ser pequeño subió a un árbol, podría haber elegido un balcón o la azotea de una casa que estaba en el camino de Jesús, pero él eligió un árbol frondoso para no ser visto. El encuentro con Jesús fue un encuentro con el “yo mismo” (*self*) de cada una de estas dos personas, con aquello que está más allá, o más adentro del “ego” y sus miedos, fracasos y culpas. En ambas figuras este “ir al propio interior” ha permitido el encuentro con su dignidad que no depende de lo que cada uno ha logrado o malogrado en la vida. Esta dignidad, esta grandeza es anterior a los méritos o fracasos de una persona. Jesús acompañó a la Samaritana y a Zaqueo hasta este “lugar” en el propio interior donde vive Dios y de ahí han podido “salir” transformados, sanados, nuevas personas.

La experiencia descrita en el Primer libro de los Reyes (1 Rey 19, 4 ss.) en torno a la figura del profeta *Elías* que, según su manera de ver las cosas, había llegado a la cumbre de su carrera de profeta en el juicio de Dios del monte Carmelo, experimenta un repentino derrumbe de todo lo que había levantado y concluye: “¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, pues no soy mejor que mis padres!” re-envió anda a desandar el camino ...

Podemos agregar como imagen bíblica del proceso de transformación, de encontrar el camino hacia el propio interior, de crecimiento en la fe el proceso vivido por Israel en el *Exilio*. En el camino del exilio Israel debe dejar atrás muchas expresiones de su fe en Yahweh (la Tierra Prometida, el templo en Jerusalén, el sacerdocio del templo y el culto como maneras de poder conseguir el favor de Yahweh). “Señor somos el más insignificante de todos los pueblos y hoy nos sentimos humillados en toda la tierra, a causa de nuestros pecados. En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes; ni holocaustos, ni sacrificios, ni ofrendas, ni incienso, ni lugar donde ofrecerte las primicias y alcanzar tu misericordia.” (Dan 3, 37) y “¡Todo lo que más queríamos está en ruinas! Y ante todo esto, Señor, ¿no vas a hacer nada? ¿Te vas a quedar callado y vas a humillarnos hasta el extremo?” (Is 64, 11 s.)

Pero Yahweh no se quedó callado:”Esto dice el Señor: Yo los desterré y los dispersé entre las naciones, entre países extraños, pero solo por un corto tiempo. Ahora *yo mismo seré un santuario* para ellos en los países adonde han ido.” (Ez 11, 16) y el mismo profeta Ezequiel continua: “... pondré en ustedes un corazón nuevo y un espíritu nuevo.” (Ez 36, 26) y para Isaías el regalo del corazón nuevo incluye una misión: “No basta que seas mi siervo solo para restablecer las tribus de Jacob y hacer volver a los sobrevivientes de Israel; yo haré que seas la luz de las naciones, para que lleves mi salvación hasta las partes más lejanas de la tierra.” (Is 49, 6). El camino de Israel al exilio

hace descubrir al profeta que ahí está germinando algo nuevo: “Ya no recuerdes el ayer, no pienses más en cosas del pasado. Yo voy a hacer algo nuevo, y verás que ahora mismo va a aparecer.” (Is 43, 18)

7. Bibliografía

*Javier Cerda F. ss.cc., La mitad de la vida: crisis y llamado; Cuadernos Testimonio - CONFERRE, Santiago de Chile, 1991.

*Anselm Grün, La mitad de la vida como tarea espiritual. La crisis de los 40/50 años. Nancea, Madrid, 7ª edición 1998

*Segundo Galilea, Tentación y discernimiento. Nancea, Madrid, 1991

*Leonardo Boff, La crisis como oportunidad de crecimiento. Vida según el Espíritu. Sal Terrae, Santander, 2004

8. Actividades

- Para el hermano que está en esta etapa: **resistir y perseverar - dejarse acompañar, contar lo que le pasa** (por ejemplo en reuniones de revisión de vida)
- Para la comunidad: **contener, escuchar, animar, acompañar**

4. ADULTEZ

Etapa de la generatividad;
pleno ministerio, 36 a 65 años

I. Descripción

1. Elementos psicológicos y espirituales

Esta etapa comienza después de la transición de la mitad de la vida. Puede situarse entre los 40 y los 65 años. Es difícil de describir. Erikson la sitúa a continuación de las etapas de la búsqueda de identidad propiamente tal, que estaban guiadas por la pregunta: “¿quién soy yo?” Ahora el incremento de identidad se basa en la fórmula: “Nosotros somos lo que amamos”. La identidad del adulto es experimentar el gozo de ser fecundo y rico a la vez, plenamente inserto en el proyecto de Dios que des-centra permanentemente, pero no vacía; que exige obediencia pero a través de ella llena de sentido la vida.

En esta etapa el hombre y la mujer maduros están preocupados por establecer y guiar a la próxima generación, es decir, a sus hijos. Si no es padre o madre en sentido biológico, el ser humano es de todos modos “generador” a través de otras formas de preocupación altruista de creatividad, que expresan y canalizan su tendencia parental. La *generatividad* característica de esta etapa de la vida, incluye la *productividad* y la *creatividad* así como el *proteger* y *cuidar* la vida y el crecimiento del otro. En ese proceso el hombre en cierto sentido se pierde a sí mismo, enriqueciéndose por una gradual ampliación de los intereses del “yo”, cuyas energías se traspasan a lo generado, producido, creado. Lo que obstaculiza este enriquecimiento es el autocentramiento que puede expresarse de diversas maneras: una obsesiva necesidad de pseudointimidad, autocomplacencia, preocupación y cuidado excesivo de sí mismo como si fuese su propio y único hijo. Y cuando las circunstancias lo favorecen- un ambiente de trabajo exigente, una vida de comunidad poco cálida- se produce una precoz invalidez física o psicológica que se convierte en vehículo y pretexto de la preocupación por sí mismo. Esta crisis va unida con frecuencia a un vago sentimiento de estancamiento, hastío y empobrecimiento interpersonal. La crisis propia de la etapa se da, según Erikson, entre la *generatividad* y el *estancamiento* (la preocupación autocentrada).⁷

Fowler, que denomina esta etapa de la vida creyente *etapa de la fe de conjunción*, la caracteriza de la siguiente forma: “En esta etapa, la persona incorpora en su visión de sí y del mundo lo que en la etapa anterior dejaba de lado; desarrolla una especie de “segunda ingenuidad”⁸, que vuelve a unir el símbolo con sus significados conceptualizables; se abre a las voces profundas del propio yo, reelaborando el pasado, reconociendo todo lo inconsciente que le dio el grupo en el que se formó. La persona, que se ha hecho sensible a lo paradójico de la realidad, trata de unir los opuestos, haciéndose vulnerable a la verdad de los otros. Al mismo tiempo, su compromiso con la justicia se libera de los límites tribales, nacionales, de clase y de religión.

La fortaleza o virtud de esta etapa es el surgimiento de la imaginación relativizadora, es decir, la capacidad de vivir y percibir los significados de los símbolos y de los encuentros en el nivel del sentido de Dios, de su proyecto y de la propia vocación. Ve por lo tanto estos símbolos como relativos a la realidad trascendente que supera y envuelve a cada uno y que, al mismo tiempo, ponen en evidencia la parcialidad de las propias apprehensiones, abierta a ser enriquecida por la de los otros.

⁷ Erik Erikson, *Identidad, Juventud y Crisis*, Taurus Ediciones 1980, p.118-119.

⁸ El término es de Paul Ricoeur (nota de Fowler).

2. ¿Cuál es el Evangelio de esta etapa?

El evangelio para esta etapa consiste en la auténtica fecundidad apostólica se encuentra al asumir la paradoja según la cual “quien quiera salvar su vida la perderá pero el que pierda su vida por Jesús y su evangelio la encontrará”. La fecundidad encerrada en esta paradoja se expresa en el texto del hombre rico de Lucas 18, 18-23 o de Marcos 10, 17-22 (paralelo al “joven” rico de Mateo 19, 16-22), un evangelio sugerente para esta etapa de la vida. En Lucas y Marcos aparece como un hombre adulto y, según Lucas, un hombre importante. Parece alguien que ha llegado a la adultez y, como buen israelita, ha cumplido los mandamientos desde joven. Sin embargo está inquieto por su vida. “Le falta algo”, diríamos. Por eso se acerca a Jesús y le pregunta qué debe hacer para heredar la vida eterna. Jesús, después de escuchar que es un hombre cumplidor de la ley, lo mira con cariño (Marcos) y lo invita a vender todo lo que tiene, dárselo a los pobres y seguirlo. ¡Un nuevo discípulo, diría uno! “Pero él, al oír esto, se entristeció, porque era muy rico”.

Jesús invita a ese hombre a tener un tesoro en el cielo a través del despojo, la generosidad y la confianza en él. Y el hombre pone mala cara y se aleja triste (Marcos). Se queda preocupado, acaso para el resto de sus días. No supo sacar el talento del hoyo donde lo había ocultado para hacerlo producir. Se quedó con su dinero, con su seguridad, con su ego, y se alejó ensimismado, triste y de mala cara. La buena noticia pasó de largo, pero era clara.

No entendió que sólo desprendiéndose de sus bienes, repartiéndolos a los pobres y siguiendo a Jesús, encontraría la “vida eterna”, la plenitud de sentido para su existencia. No logró ver que su verdadero enriquecimiento estaba en otro lugar del que él lo veía, que su fecundidad no estaba ligada a esos bienes terrenales (provisorios, inestables, relativos) sino a la libertad de seguir a Jesús sin otra atadura que la del amor que él le tuvo. En la edad adulta todos hemos atesorado cosas: conocimientos, experiencias, círculos de amigos, seguridades, bienes... Jesús nos mira con cariño y nos advierte que no pongamos nuestra confianza en todo eso, sino en lo que eso puede producir. No son fines, son medios. No son la seguridad, son pasajeros. En este sentido, el pecado en su acepción más original se asocia con el “tirar el dardo al blanco” y consiste en un error de objetivo, es buscar afanosamente la vida donde ella no está.

Una figura “realizada” para esta etapa es la de Zaqueo (Lc 19,1-10). Su deseo es “ver y saber quién es Jesús”, base que lo abre a una transformación insospechada de su vida. Esta transformación es fruto no sólo del sentirse acogido por Jesús, más allá de lo que el deseo de Zaqueo esperaba sino también de la venida de Jesús a su propia casa, allí donde los “qué dirán” y “qué piensan los otros” habían cerrado a Zaqueo toda posibilidad de cambio. De este encuentro, brota en Zaqueo una nueva comprensión de sí, un nuevo modo de actuar, ambos marcados por la apertura, la generosidad y el don de sí y de sus bienes, más allá de todo cálculo y de toda conciencia de falta.

Una figura femenina que encarna el proceso de acogida de la Buena Noticia para esta etapa la encontramos en Rut (Rut 1,1-22). Rut asume el duelo de su proyecto que no resultó, pues muere su marido y se queda sin hijos. Su suegra Noemí la libera de este vínculo y le pide que rehaga su vida, alejándose de ella. Y ahora con una fidelidad renovada, Rut decide seguir con Noemí, su suegra: “¡No me pidas que te deje ni que me separe de ti! Iré donde tú vayas y viviré donde tú vivas. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios” (Rut 1,16)

En sus decisiones y en su manera de acoger a las personas que vienen a su encuentro, Jesús propone un camino de realización plena para esta etapa de la vida. Su centro es la apertura hacia los otros y a Dios su Padre, vividas desde un centro, un corazón fraterno y filial. Él es un formidable generador: llama, congrega, forma discípulos; elabora, trasmite y defiende un mensaje potente y radical; siembra, por su itinerancia, milagros y testimonio de vida, un nuevo referente espiritual por todo el territorio de

Palestina y más allá de él; hace “renacer” a todos los que sana, perdona, resucita, acoge, escucha, defiende; son sus “hermanos” y en él, “hijos” del mismo Padre, Toda esta obra de Jesucristo, realizada en un lapso de pocos años, no lo vacía, sino que lo capacita para dar el paso definitivo en el huerto de Getsemaní: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”. La cruz es la máxima expresión del vaciamiento de sí, de la entrega fecunda (“si el grano de trigo no cae en tierra y muere...”), en la cual Jesús parece dudar de su opción (“Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”), pero la resurrección confirma que él “fue lo que amó”.

3. ¿En qué tengo que creer? Acentos de la fe en esta etapa

En esta etapa el adulto tiene que creer en que su vocación es fecunda más allá de sus capacidades, de su salud o ánimo, de la comparación de sus frutos con los frutos de otros, de ideales - tal vez adolescentes - no realizados o no realizables. Esto implica asumir los criterios según los cuales el Reino de Dios acontece ya en medio nuestro y creer en su secreta eficacia: Según estos criterios, lo grande se manifiesta en lo pequeño, el primero se hace el último y servidor, perder la vida por el evangelio para encontrarla.

*Y ahora a ponerlo todo arriesgadamente patas arriba,
lo grande a servir a lo pequeño,
el rico hecho pobre para vestir al desnudo
el pan, para compartirlo
y dejar de ser cada cual instalado en lo que era,
para ser cada cual mucho mejor de lo que era
y mi barco y el tuyo, quilla al cielo, mástil al agua
y el mundo transformado en casa para todos
y hermanos tú y yo y ustedes todos.*

(Esteban Gumucio, Sigo a un hombre llamado Jesús)

Nadie vive su vida religiosa y su ministerio solo sino formando parte de una larga y ancha cadena de discípulos, y con ellos va haciendo camino. Nuestras comunidades cada vez más internacionales e intergeneracionales pueden ser un espacio de acrisolamiento y de profundización de los vínculos de pertenencia que ya existen. Hay que creer por tanto en la fuerza renovadora y dinamizadora que hay en el cultivo de los vínculos de fraternidad en la comunidad religiosa y en la pastoral. En este plano, juegan un rol fundamental los hermanos y hermanas que Jesús regala a los que lo siguen y se entregan como él. Es en el seno de esta comunidad, al modo de un laboratorio de la fe, es en donde se vive el amor y el perdón, entregados y recibidos, la apertura y la confianza. Todos estos elementos son necesarios para vivir con sentido evangélico esta etapa y para hacer creíble y atractiva la fraternidad del Reino. Aquí aprendemos que dar es recibir, vaciarse es llenarse, perdonar es aceptar a los otros y aceptarse en su fragilidad, generar es enriquecerse.

En esta etapa la fe se identifica con la vida entera: lo que somos, lo que hacemos, lo que producimos; lo que amamos. El adulto tiene que creer en su riqueza, que es la savia nutritiva y fecunda que fluye por sus venas. Tiene que creer que su riqueza es dar fruto; ha llegado la etapa de los frutos, y dar fruto, lejos de aniquilarlo, lo enriquece aún más.

4. ¿De qué me tengo que convertir? Tentaciones propias de esta etapa

La gran tentación de esta etapa es pensar que, llegado a este punto de la vida, ya no hay nada nuevo que hacer: el estancamiento de la generatividad, la claudicación de los ideales, el adormecimiento de la creatividad, el abandono de la radicalidad.

Hay que convertirse del desánimo, de la “preocupación” o estancamiento que se produce cuando el sujeto no es capaz de asumir la riqueza de su fecundidad: de ese nuevo autocentramiento que consiste en volcar la generatividad frustrada, sobre sí mismo, “cuidándose”, enfermándose para justificar que lo cuiden y vuelva así a ser hijo, niño, dependiente.

Otra forma de estancamiento en esta etapa es la dificultad para compartir el trabajo, la preparación, la puesta en obra, las decisiones y llegado el momento “pasar el relevo” a otros, saber delegar. Bajo el sentimiento de sentirse imprescindible se esconde solapadamente un autocentramiento en que se oculta la acción de Cristo a través de cada uno y vemos a los otros más como rivales amenazantes que como cómplices y camaradas,

Y otra forma de estancamiento es la duda acerca de la eficacia y del valor de la vida religiosa y de la vocación recibida y acogida, ya conocida y caminada, del valor de los frutos ministeriales, de lo bueno que se ha obrado en muchas personas, grupos y situaciones. Nos encerramos en estrechos cálculos más o menos eficaces, a corto plazo o en comparaciones odiosas que nos hace ver, con resentimiento, el logro y éxito de los otros y la poquedad de lo propio. La experiencia nos dice que gran parte de nuestros empeños y desvelos tienen frutos de los que pocas veces nos enteramos. Es la cara invisible pero de otra manera eficaz del ministerio. Necesitamos pues convertirnos a los criterios con los que irrumpe el Reino de Dios, en donde lo pequeño ya es portador de lo grande, que la semilla crece mientras el hombre duerme, la gratuidad evangélica de Señor que paga con generosidad a los que se han asociado al trabajo en la última hora. Necesitamos salir de nuestros miedos que nos repliegan sobre sí y hacer don de la propia vida en la fidelidad al trabajo del día a día, en el cariño sencillo compartido con los hermanos y con las personas con las que trabajo. Éste es el medio eficaz que hace crecer a las personas y transparenta el amor del Padre.

Otra tentación de una generatividad mal entendida consiste en creernos “salvadores” o “imprescindibles”, poniéndonos nosotros mismos al centro, generando relaciones de dependencia y dominio sobre los otros o haciendo de las tareas pastorales “feudos” propios en donde los otros no pueden entrar y colaborar. Todo ello deja en la sombra el hecho de que vivimos el ministerio como humildes siervos que hacemos lo que espera el maestro, que colaboramos en su misión y que, en último término, lo central del ministerio es que las personas con las que compartimos y trabajamos se encuentren con Jesús y su Evangelio. Necesitamos pues convertirnos de esta forma de autocentramiento para abrírnos cada vez más a entender y vivir el ministerio como una respuesta de amor a Jesús. Es la dinámica de conversión a la que Jesús resucitado invita a Pedro al borde del lago: “Pedro ¿Me amas? Pregunta el Señor. Sí Señor, tú sabes que te quiero. Apacienta mis corderos.” (Jn 21,15.16) Doble descentramiento de sí o conversión: Hacia Jesús y hacia su rebaño. También el 37º Capítulo General invita a vivir nuestro ministerio en clave de compañerismo y de fraternidad

El crucificado, al ser elevado, atrae a todos hacia Él. A todos, no sólo a nosotros. Somos compañeros en el Señor y hermanos todos en la humanidad. Nuestra fraternidad desborda los límites de nuestra comunidad [...] En nuestro servicio ministerial, seremos agentes de comunión y hermanos entre nuestros hermanos, y no tanto miembros de un “clero” separado, monopolizador del poder y por encima del pueblo de Dios. Procuraremos ser “grano”, discreto, enterrado, humilde, y no siempre maestros, directores o protagonistas principales. (Nuestra Vocación y Misión, 25)

5. ¿A qué me envía el Señor? Mi misión en esta etapa

El Señor envía a dar fruto desde lo que cada uno es y tiene. Envía a tomar conciencia de que “somos” lo que hemos amado, y sobre todo lo que amamos hoy. Aquello que se ha generado, esa “generosidad” que es haber tenido “hijos” que son acciones, consuelos, escuchas, ayudas, ejemplos y testimonios que han marcado a otros, luchas, aportes al pensamiento, obras de arte, etc.

“Nosotros somos lo que amamos” es el tema de esta etapa y que se ve enriquecido por la dinámica descentrada y proexistencial del mismo Jesús y de sus discípulos. “El hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir.”(Mc 10,45) “Felices son estos siervos a quienes el maestro encuentra despiertos cuando viene. Les digo en verdad que él mismo se ceñirá y los sentará y vendrá y los servirá” (Lc 12, 37) Entre nosotros, Damián se nos presenta como un testigo sorprendente de quien se dejó moldear por Jesús el buen pastor. Así en sus últimos años, tan desgastado y enfermo, tan entregado, rodeado de los frutos visibles de su obra en Molokai, y tan lleno de fervor y consciente de ser un verdadero “padre” de muchos leprosos: generador de una vida nueva, testigo de una extraña felicidad, en medio y en la certeza de la muerte.

Aunque la lepra se haya agarrado con fuerza a mi cuerpo y me haya desfigurado un poco, continúo estando fuerte y robusto y los terribles sufrimientos de mis pies han desaparecido. Hasta ahora la enfermedad no ha deformado mis manos y continúo diciendo todos los días la santa misa. Este privilegio es mi mayor consuelo, para mí como para la felicidad de mis numerosos compañeros de miseria, que todos los domingos llenan mis dos iglesias, en las que reservo perpetuamente el Santísimo Sacramento. Cincuenta huérfanos viven aquí conmigo y me ocupan casi todo el tiempo libre[...] Por tener tanto que hacer, el tiempo se me hace corto; la alegría y el contento del corazón que me prodigan los Sagrados Corazones hacen que me crea el misionero más feliz del mundo. (Carta de Damián a su hermano Pánfilo, del 8 y 16 de noviembre de 1887)

Es el sabio consejo que da la Buena Madre a un hermano – ¡bien podría haber sido a una hermana también! - amargado por que sus esfuerzos y desvelos no dan los frutos que espera: “Yo creo mi buen hermano, que el celo por el bien lo consume y que, sin quererlo, usted avanza de manera que no se le puede seguir y a menudo, las circunstancias lo detienen de súbito, lo que le duele. Pero cuando se ha hecho todo por Dios, se tiene valor y mucha más fuerza.”(Correspondance de la Bonne Mère, Vol II, p.154)

Gabriel de la Barre, por su parte, recoge así el estilo de servicio de la Buena Madre, entendida como fidelidad y entrega cotidiana a Dios y sus hermanas: “Su máxima favorita era que el bien que se hace, alivia el mal que se sufre; que el mejor modo de ser totalmente de Dios, era ser totalmente del prójimo, y ella actuaba así constantemente.” (Remarques sur la Révérende Mère Henriette).

II. Subsidios

6. Textos de la Escritura

2 Cor 4, 1-18; 1 Tes 2, 1-12

1 Pe 5,1-4

¿Qué rasgos de la manera como Pablo o Pedro viven el ministerio me interpelan en mi manera de asumir el ministerio en esta etapa de mi vida?

7. Bibliografía

*Segundo Galilea, Tentación y discernimiento. Santiago: Centro de espiritualidad ignaciana, 1993.

*Anselm Grün y Meinrad Dufner, La salud como tarea espiritual. Actitudes para encontrar un nuevo gusto por la vida. Nancea, Madrid, 2000

*Romano Guardini, La aceptación de sí mismo

*Carlos Rafael Cabarrús, Crecer bebiendo en el propio pozo. Desclée De Brouwer, Bilbao, 2ª edición 1998

*Joan Chittister OSB, El fuego en estas cenizas. Espiritualidad de la vida religiosa hoy. Sal Terrae, 1998

*Bernard Rérolle, Orar en cuerpo y alma. Renacer por el agua y el espíritu. Nancea, Madrid, 1999

*Wilkie Au SJ, Por el camino del corazón. Hacia una espiritualidad holística.. Paulinas, Buenos Aires, 2ª edición 2000

*Willigis Jäger OSB, La ola es el mar. Espiritualidad mística. Desclée De Brouwer, Bilbao, 8ª edición 2007

*Romano Guardini, Introducción a la vida de oración. Ed. Lumen 1986

*Anselm Grün, Nuestras propias sombras. Tentaciones, complejos, limitaciones. Nancea, Madrid, 1999

8. Actividades y propuestas diversas

a) Para los Hermanos

- Lectura de Lc 10, 25-37 El Buen samaritano y confrontarla con el análisis de la XIIa CIAL (Belo Horizonte, septiembre 2005) en “Caminos del Espíritu para nuestra congregación en América Latina”:

Nuestro compartir y nuestra reflexión principal buscó discernir los caminos del Espíritu para nuestra congregación en América Latina. Intentamos vislumbrar los grandes horizontes de nuestra vida y misión, y los caminos de futuro que Dios nos pone a la mano, siempre buscando ahondar la conciencia de nuestra propia vocación en el seno de nuestra congregación de los SS.CC y en este continente latinoamericano.

Constatamos la profunda crisis que afecta a nuestra vida religiosa, descrita con detalle en el documento inspirador del XXVII capítulo general, y que es causa de desencanto, de tristeza y de inmovilismo en muchos de nosotros. Si antes nos situábamos ante la sociedad con un talante salvador, incluso con una cierta superioridad ética, hoy nos comprendemos enfermos, heridos y frágiles como los demás necesitados igualmente de luz, misericordia y sentido.

Esta situación de crisis que nos afecta como vida religiosa se transforma, sin embargo, en una oportunidad para ser más fieles y creativos en nuestra vocación y misión. Así lo están reconociendo las diversas comunidades de la Congregación y el conjunto de la vida consagrada.

- ¿Me reconozco como el hombre botado en medio del camino esperando la misericordia de los otros y del Señor?
 - ¿Qué nuevos caminos de aprendizaje de la misericordia vivida se abren desde esta nueva posición?
 - ¿Cómo ser testigos más transparente de la misericordia de la que hemos sido objeto en nuestras comunidades, en nuestra pastoral, etc?
- Leer Juan 21,15-23 y confrontarlo con el documento “Nuestra Vocación y Misión”, del 37º Capítulo General, N° 12 y 46, y responder ¿qué eco encuentra en mí la pregunta de Jesús a Pedro: “¿me amas?”, ¿Qué respuesta le doy?

b) Para las comunidades

- Leer el “Penitenciario” de Esteban Gumucio. Compartir cada uno en la comunidad el número de penitente que más lo identifica ¿Por qué me identifico con ese número? ¿Cómo me ve la comunidad? ¿Qué es lo que los hermanos me pueden ofrecer para vivir este pecado como ocasión de gracia y apertura a la misericordia de Dios?

- Reflexión en un retiro de comunidad a partir del Penitencionario de Esteban Gumucio leído a la luz de las formas de estancamiento o autocentramiento estéril que pueden afectar a esta etapa y preguntarse sobre la calidad y clima de la comunidad si es propicio para vivir y asumir los desafíos y tareas de esta etapa. Se invita a proponer algunos pasos concretos que la comunidad podría dar en vista a crear un ambiente más fraterno y de acompañamiento mutuo para esta etapa.

PENITENCIARIO

Esteban Gumucio, ss.cc.

1. Por ciego y acechante, y por tu vana seguridad, dobla tus rodillas. Te doy de penitencia descubrir y recoger 70 caracoles nocturnos que dormitan bajo las acelgas y lechugas de mi huerto. Y dirás tres veces, en voz alta, “Dios mío estoy húmedo de llanto. Me he olvidado de ti desde que era un niño pequeño, sucio y mojado de pañales”. Si así lo haces, será limpia tu mirada, dice Dios.

2. Grandioso y poderoso cantor de mentiras, ya ni siquiera sabes quien eres... ¡Corazón de Coca-Cola!... Arrepiéntete. Te doy de penitencia reencontrar tu dignidad: Irás por las calles más humildes de la ciudad, en silencio, lejos de todas tus noches festivas. Cuando te sientas insoportablemente solo, repetirás siete veces en tu corazón esta palabra verdadera: “Pobre soy, mi Dios...hijo tuyo soy... ten piedad de mí”. Y colgarás tu guitarra por siete días y una noche, hasta que cante tu silencio. Dios acompañará tu canción verdadera.

3. Tú no tienes nunca ni un poco de tiempo. Lo devoras atropelladamente fuera de ti. Eres inalcanzable para los tuyos. Nunca contemplas por las ventanas abiertas: ni la flor, ni el monte, ni el mar. Ni siquiera miras como ha crecido tu hijo mayor y como está de hermosa, casi una mujer, tu hija adolescente. Rompe tu cronómetro y ven a recibir humildemente tu penitencia: Vendrás a la orilla del arroyo a recoger una a una, lentamente, las piedras que redondeó el tiempo con tanta paciencia; y las volverás a colocar a cada una en su nido de agua, como algo delicado e importante... Cuando venga a pasar por allí un peregrino y te pregunte respetuosamente “qué estás haciendo, hermano”, tú le responderás “estoy reparando el tiempo perdido, mi Señor”... Y volverás temprano a casa. Descolgarás el teléfono y dejarás sin encender el televisor. Mirarás uno a uno a tu esposa y a tus hijos, con la misma atención y delicadeza que empleaste con las piedras del arroyo. Entonces, descubrirás el color de los ojos de quienes te aman, y un resplandor de ternura escondida que tenían reservada para ti antes que existiera el tiempo. El Señor de los años, los meses y las horas, quiere darte su paz, que no tiene medida.

4. Tú no quisiste manchar tus manos. Y era necesario hacerlo. Te hacías servir como a un rey o a una reina, sin dar las gracias a los humildes. ¿No sabías que ellos tejieron tus vestidos, edificaron tus mansiones, lavaron tus ropas, aderezaron tus platos favoritos, lustraron tus zapatos, cuidaron de tus hijos, custodiaron tus bienes muebles e inmuebles, labraron tus campos, activaron tus fábricas, etc., etc...? Porque olvidaste que ellos eran dignos miembros del único cuerpo del Señor, harás penitencia de esta manera: Tirarás tú mismo el arado; destaparás tú mismo el alcantarillado ocluido de tu casa; lavarás tú mismo las ollas de cocina y limpiarás tú mismo cuanto hayas ensuciado, recogerás la basura durante un año y un día. Así podrás peregrinar por el alegre camino de las cosas de todos los días que recorrió nuestro Salvador y Señor Jesús. Le sonreirás a Dios y El te sonreirá...

5. ¿Estás airado?... Estás siempre exigiendo que los demás fabriquen tú felicidad. Siempre agitado, andas reclamando por lo temprano o lo tarde; por lo caliente o lo frío; por lo rápido o lo lento...

Eres punzón, espuela, látigo.

El reposo de tu alma no lo has de encontrar por ese camino...

Ven, acércate. La Humildad de corazón es el reposo que necesitas. Mírate a ti mismo con mayor bondad.

Acéptate y aceptarás a los demás.

Por tú penitencia: te mirarás al espejo todos los días, por la mañana y por la tarde, y te reirás de ti mismo, con humor temperado, hasta que desaparezca esa arruga vertical que hay en tu frente que te da aires de Jefe de préstamos de algún Banco Internacional.

¿Sabes?... Eres más honesto y mejor persona que lo que tú crees; y el Señor lo sabe.

6. Eres exacto, numérico, perfecto. Sabes decir bien lo que han entendido claramente. Es un gran don; pero tienes el prurito de traducirlo todo al orden de tu inteligencia. Descuidas el corazón; olvidas cultivar la amistad; te encierras y no escuchas.

Te has establecido, antes de tiempo, en el exilio voluntario de las cumbres y ambicionas la visión de los cielos abiertos.

Por tu penitencia te invito a peregrinar en el nombre de Jesús a donde quiera haya alguien de aquellos que sólo saben hacer la verdad y no tienen palabras para decirla. Por ejemplo, te acercará al lecho de un enfermo y lo escucharás como haría Jesús, dejándote conmovedor, vulnerable y quebradizo ante el dolor.

Entonces, el Señor encenderá en ti una luz verdadera que eclipsará todas tus luces.

7. Eres demasiado activo, dominante, avasallador. Tienes un motor de tractor en la carrocería de una limusina. Impones tus planes, arrasas, no escuchas.

No niego que sabes organizar bien lo que hay que hacer; pero a tu sombra no dejas crecer a los demás.

Esta será hoy tu penitencia: cuando llegues a casa, deja que te bese tu esposa y te saluden tus hijos y deja que los niños jueguen con sus juguetes, sin tu tutela. Déjalos tranquilos. No les enseñes cómo debe caminar correctamente el tren en miniatura. Déjalos que acaben con sus juguetes y que se ensucien y que se caigan y se levanten a su manera y no a la tuya...

Tú, en cambio, encuéntrate con el niño que llevas encerrado bajo siete llaves en tu corazón...¡Anda, suéltalo!... En esa mano tuya silenciosa que está acariciando a los tuyos está escondida tu paz.

El Dios que respeta tu autonomía te ama; y recuerda cuando vuelvas a atolondrarte: un día, otros van a organizar tu funeral. Prepárate con San Pedro a que otros te ciñan y te lleven a donde tú no sabes.

8. Andabas siempre con sonrisa de artista de televisión en tu boca, preocupado de caerle bien a todos. Eres el rey de las frivolidades. Bien vestido, impecable trato y largas conversaciones en las que no se dice nada o se dice sólo lo que pueda aparecer sensato, apto para todo oyente.

Pero tus ojos te traicionan. Tu corazón está ausente. Te has convertido en la costra de ti mismo.

Dios te invita a dejar las inventadas sendas que otros te exigen recorrer y a emprender tu propio camino.

Por penitencia, permanecerás desnudo en un lugar desierto, un día, una noche y otro día. Y gritarás en voz fuerte las verdades que tú amas y el mundo no te deja decirlas.

No te permitirás dejar salir de tus labios nada que no pase primero a oxigenarse en la verdad de tu corazón.

Después, te vestirás y te postrarás en tierra con tu rostro pegado al suelo, con tus manos tocando el polvo real, el auténtico barro sucio y ensuciador. Y permanecerás allí sin decirle nada a Dios.

Él tampoco te dirá palabra, pero saldrás de allí sabiendo que El te conoce y te ama.

9. Eras demasiado miedoso. Tal vez eso explica que prefirieras ignorar el desaparecimiento de tu vecino en una noche de tiempo de queda. Preferías no escuchar los gritos de aquella madre a quien le arrebataron su hijo por causa de una delación. Preferías ignorar el hambre de los hijos de los cesantes, no por avaricia, sino por miedo.

Preferías creer lo que decía el periódico oficial: “no hay torturas. no hay desaparecidos, no hay cesantía... No dabas tu opinión; sólo decías “a mí me carga la política... no se nada de política”...

Pero como en el secreto de tu conciencia sentías náuseas y reconocías que el temor se sobreponía a tu razón, tengo compasión de ti y te convoco también a penitencia:

Irás a visitar a un prisionero. Pasarás por el miedo que te dan esos muros fríos, sentirás soledad e incertidumbre y descubrirás que muchos de aquellos que el mundo condena no son peores que tú.

Sentirás en tu corazón la fuerza de la solidaridad que hace valientes a los cobardes y generosos a los egoístas...

Al salir, reza un Ave María para respirar y agradecer la libertad...

Dios es también compasivo y misericordioso con los muertos de miedo.

10. Tú tenías siempre la razón. Sabías todo lo que se debería haber hecho... Tenías una receta para cada mal y un castigo para cada falta. Nunca dijiste una grosería, ni siquiera la palabra “mierda” que tiene indulgencia por varios días; pero tenías instalado en tu corazón un tribunal sin apelación. En el trono estabas tú; en el banquillo tu hermano, tu hermana, tu obispo, tu compañero, tu desconocido prójimo... Y sentenciabas.

Pero Dios no quiere condenarte. Es más Padre que Juez. Te conoce bien. Sabe que fuiste niño solitario, sin cariño...

Míralo como viene él mismo a hacer penitencia por ti. Coronado de espinas se ha sentado en el banquillo que tú tienes dispuesto para tus acusados. Baja tú de tu sede suprema y ven a ponerte a los pies del manso rey Jesús. Escucha la penitencia que te susurra: “ponte el último a la cola de los pecadores, así podrás sentarte conmigo en la mesa del Reino”...

Nota: en algún momento de mi vida yo creo haber sido alguno de estos personajes de pecado. No siempre he cumplido la penitencia al pie de la letra.

5. ADULTEZ MAYOR Y VEJEZ

Etapa de la serenidad, de los 66 años a la muerte

I.- Descripción

1. Elementos psicológicos y espirituales

La etapa del Adulto Mayor va de los 65 años hasta la muerte. Normalmente esta etapa se subdivide en dos: en la primera seguimos activos, en la segunda nos vemos forzados a la inactividad por el creciente deterioro físico y/o síquico.

Algunos rasgos de esta etapa son los siguientes:

a) En el nivel sicosomático se van perdiendo lentamente las energías, de manera que hay que ir dejando poco a poco la actividad. A veces, el paso a la inactividad es desencadenado de golpe por alguna crisis de salud. El paso a la inactividad puede favorecer el cultivo de las dimensiones contemplativas de la vida.

En su “Oración de un viejo enfermo” dice Esteban Gumucio: “Señor, ha llegado la hora de velar contigo en este huerto de mis enfermedades de viejo. Llevado en camilla, entre otros muchos enfermos de este hospital, me he sentido un pobre viejo insignificante” (Bienaventurados los viejos, p. 132). Y añade: “El estado enfermizo y las limitaciones crecientes constituyen una etapa que, bien aceptada, es parte de aquella ‘noche oscura’ sin la cual no se me dará la luz verdadera... Casi sin darme cuenta, voy descubriendo verdades escondidas y pasos que no era capaz de dar por mi propia iniciativa. De pronto, en medio de la torpeza de la enfermedad y de la condición senil, Tú me regalas gratuitamente la pacífica gracia de aceptar mi vaciamiento. Tú estás conmigo aquí, ahora; y brota desde mi interior una calma, una especie de seguridad humilde que me invita a abandonarme en tus manos, Señor” (ib., 133).

b) En el nivel psicológico, el pasado va tomando el primer plano por sobre el futuro. Es más lo ya vivido que lo que queda por vivir. A medida que se va entrando en la inactividad forzada, el futuro pierde toda fuerza de atracción. Según Erikson, la crisis que se enfrenta en esta etapa final de la vida se caracteriza por la disyuntiva entre la serenidad y la desesperación. Como ya no queda futuro, el adulto mayor se ve enfrentado a su pasado: o lo acepta tal como ha sido (y logra la serenidad) o lo rechaza (y cae en la desesperación, porque, al no tener futuro disponible, ya no lo puede cambiar). En cada persona concreta se da normalmente alguna combinación de ambas actitudes extremas, con predominio de una u otra.

c) En el nivel espiritual se dan las condiciones para la integración serena de la vida ya vivida, con sus logros y sus fracasos; lo que supone el reconocimiento honesto tanto de la acción de la gracia de Dios en nuestra vida como de nuestro pecado, y por lo tanto, el agradecimiento admirado de las maravillas que Dios ha obrado en nosotros y con nosotros en los demás, y la entrega en sus manos bondadosas y perdonadoras con la confianza del niño.

2. Evangelio para esta etapa

La buena noticia para esta etapa final de la vida se puede caracterizar con dos rasgos: la fe puede llegar a su plenitud y podemos aspirar a alcanzar la libertad de la fe.

a) La plenitud del desarrollo de la fe sólo se alcanza normalmente en esta etapa de la vida. Fowler describe esta plenitud como fe universalizadora. Los creyentes (de cualquier religión) que han llegado a esta etapa son personas que encarnan contagiosamente el espíritu de una comunidad humana inclusiva y plenificada; personas que crean en torno a sí zonas liberadoras, porque viven en la participación de un poder que unifica al mundo y lo transforma; por eso, se las siente como gente subversiva de las estructuras e instituciones dadas (lo que hace que normalmente se las honre más una vez muertas que en vida); son gente que ama la vida, pero sin apegarse a ella. Según Fowler han llegado a esta plenitud el Mahatma Gandhi, Martin Luther King, la Madre Teresa de Calcuta, Dietrich Bonhoeffer, Thomas Merton; podríamos añadir también Damián de Molokai y nuestro Esteban Gumucio.

b) En esta etapa se hace posible una cada vez mayor libertad. La experiencia de los años hace ver las cosas con mayor realismo, y se va con más facilidad hacia el núcleo verdadero de lo que está en juego en cada situación. En la dimensión espiritual de la fe se hace cada vez más clara la distancia que hay entre Dios y las mediaciones (humanas, creaturales) de nuestra relación con él, la distancia entre el Dios trascendente y las creencias, prácticas, actividades e imágenes en las que se encarna para nosotros. Pero, a la vez, se hace muy clara la conciencia de que al Dios trascendente sólo lo podemos encontrar en estas mediaciones inmanentes, la conciencia por lo tanto de que no hay atajos espirituales que nos vinculen con Dios sin mediaciones creaturales. A este propósito, Fowler habla del monoteísmo bíblico y su lucha contra la idolatría. Se trata de la imagen bíblica del Reinado de Dios, de la idea del monoteísmo radical de la Biblia y de la correspondiente fe, que nunca se detiene en las creencias, prácticas y símbolos que encarnan la relación con Dios, sino que los trasciende permanentemente en dirección a la Realidad que tratan de expresar. Este monoteísmo bíblico radical tiene un correlato ético en la lucha contra toda idolatría, es decir, contra todo centro de valor y de poder que pretenda suplantar al único Dios; centro que puede ser la tribu, la nación, la clase, el ego, la familia, las instituciones (Iglesia, congregación, parroquia, CPJ, la que hemos creado, etc.), el éxito, el dinero, el sexo, etc. Ahora bien, esta lucha no pretende destruir la realidad de estos otros centros de valor y de poder, sino sólo relativizarlos en referencia a Dios, a cuya luz aparecen como lo que realmente son: bienes, pero parciales.

También la actividad pastoral que hemos realizado en el pasado –y que, en parte, seguimos realizando todavía- y las instituciones que hemos podido crear o transformar forman parte de estas mediaciones del encuentro con Dios, que estamos llamados a enfrentar con creciente libertad.

Evitaremos actuar creyéndonos demasiado importantes, o pretendiendo justificar nuestras pobres existencias con las obras que hacemos, como si estuvieran en nuestras manos las soluciones a los problemas. Trabajaremos, sí, pero lo haremos con la humildad de quienes aceptan, con alegría y desposeimiento, que todo lo que somos y hacemos tiene un valor relativo, no siempre es lo más acertado, se comprende más como signo que como fuerza, y puede perderse en el inmenso vacío de la historia, sin más fruto que aquel que pueda dar en el misterio de Dios (Nuestra Vocación y Misión, 37º Capítulo General, N° 32).

Esteban Gumucio, a propósito de la preparación para la muerte, expresa así esta libertad de la fe: “Si miro la muerte en negativo, dejar de vivir, dejar esta condición tan identificada con mi ser, no necesita ni soporta preparación. El no ser no se prepara. Si miro la muerte en positivo, ir al encuentro definitivo con el Señor es un regalo que me sobrepasa. Es todo gratitud e iniciativa de Aquel que es fuente misteriosa e infinita de toda vida. Lo que me cabe, entonces, es vigilar con el amor vivo: es acoger cada día el Amor que viene. Más que preparación, lo que se me pide es estar abierto a su Adviento, a su humilde y venturosa venida. Vigilar es vivir con cuidado delicado; digo delicado, es decir, no de miedo, como el servidor que enterró su talento. Me refiero a una delicadeza con Jesús que está viniendo constantemente a mi vida y a la vida nuestra, de nuestro pueblo de Dios. Esta

delicadeza que ahora Él me pide, al término de la vida, consiste en cooperar con la acción del Espíritu Santo que me quiere despojar de todo apego, de todo aquello que es asimiento, propiedad egoísta, falsos tesoros que tiendo a fabricarme cada día. Delicadeza es limpieza, dejarme purificar en todo lo que Él me ilumina, como entrega y despojo aceptado. No poner mi confianza en nada sino en Él” (Bienaventurados los viejos, 240-241)

3. En qué tengo que creer: acentos de la fe en esta etapa

En esta etapa nos vemos desafiados a creer con una fe cada vez más pura y desnuda. En particular:

- a) Creer en Dios, más allá de toda representación y mediación creatural (pero siempre a través de ellas).
- b) Entrar en los sentimientos de Jesús (como se expresan en Fil 2,5) más que en su actividad por la causa del Reinado de Dios. Aprender a ser hijo; crecer en espíritu de infancia.
- c) Creer que Dios me ama tal como he sido y tal como soy, cada vez más frágil e inactivo, aparentemente más inútil, confiando en que en mi debilidad se manifiesta su fuerza (2Co 12,9). Creer, por lo tanto, que Dios me invita a nacer siempre de nuevo –de lo alto, del Espíritu-, como a Nicodemo (Jn 3,3-8), a recuperar permanentemente el amor primero (Ap 2,4-5).
- d) Cultivar la esperanza que, según Erikson, es la virtud propia de esta etapa final de la vida humana y que, en el caso de nuestra fe, se tiñe con los colores escatológicos del Reinado de Dios hacia el cual vamos. Así, la esperanza culmina en la confianza en que Dios me espera y me salvará, lo que me permite mirar de frente la muerte que se acerca.

Nos sostiene en nuestra misión la esperanza que nace de la fe en el Resucitado. Gracias a Él, lo que parece pérdida se va transformando en ganancia, porque “se siembra algo corruptible, resucita incorruptible; se siembra algo despreciable, resucita glorioso; se siembra algo débil, resucita pleno de vigor” (1Co 15,42-43) (Nuestra Vocación y Misión, 37° CapGral, N° 33).

Hablando de la muerte, Esteban Gumucio dice: “Hay un pensamiento que me ha ayudado mucho y que es el dominante actualmente: Dios me regaló la vida y me la regaló así, con la muerte incluida. La vida viene con este envoltorio que es la muerte, pero igualmente es un gran regalo, incluida la limitación, porque viene de la misma bondad de Dios. Luego, la muerte tiene que ser buena, me digo. Desde aquí uno la siente dolorosa y le tiene miedo, pero en sí misma es buena, es buena cuando está motivada por la fe. Porque si es el encuentro con Jesús y un encuentro para siempre, ¿cómo no va a ser buena? Este pensamiento tan simple me ayudó y me ha dejado en paz...” (Bienaventurados los viejos, 237).

- e) Creer también en los hermanos, que se harán cargo de mí cuando ya no pueda valerme por mí mismo y vaya perdiendo inexorablemente mi capacidad de autonomía; creer que “otros me llevarán” (ver Jn 21,18).

4. De qué me tengo que convertir: tentaciones propias de esta etapa

Las tentaciones de esta etapa son, entre muchas otras, las siguientes:

a) La autocentración, que concretamente se presenta como el vivir aferrado a mis proyectos de antaño; el vivir centrado en el pasado, en lo ya vivido, sea en los éxitos acumulados, sea en el pecado y en los fracasos.

b) El creerme indispensable, según aquello que “si uno no está en las cosas...”; y, por lo tanto, aferrarme a las tareas de primera fila, sin dejar que otros tomen el relevo y hagan las cosas a su manera, no a la mía.

Dice Esteban Gumucio en su “Oración para preparar el corazón”: “Señor, ¿cómo aprender a mirar con alegría que otros hagan lo que ya no puedo hacer? ¿Cómo reconocer con lealtad que no soy indispensable y que otros te pueden servir mejor que yo, cambiando el estilo y la forma que yo creía los únicos correctos? ¿Cómo abrir mi corazón al gozo de ‘ser’ para ti, cuando ya no puedo ‘hacer’ casi nada de lo que visiblemente parece testimoniar tu reinado? ¿Cómo estar presente con el afecto, la cercanía, la oración y, tal vez, con el consejo, junto a aquellos que tomaron el relevo?” (Bienaventurados los viejos, 143).

c) Quedar encerrado en la sensación de inutilidad, porque ya no puedo hacer lo que hacía antes; creer que, por lo tanto, ya no tengo valor ni derecho a ser valorado ni querido por los demás.

d) Sucumbir al miedo a la muerte, lo que me llevaría a aferrarme a la vida, sin capacidad de entregarme confiadamente en las manos de Dios.

De nuevo unas palabras de Esteban Gumucio, en una oración “para pedir fe-confianza ante la muerte”: “Jesús, amigo y Señor: Estas últimas noches he soñado con mi muerte (...). Por estos sueños descubro en mí un miedo de acabar sin destino y sin sentido. Noto ahí cómo la fe-confianza no ha llegado aún a esa parte de mí mismo. Quisiera enfrentar mi muerte tal como venga, pero sé que yo no soy capaz de acogerla con la seguridad confiada de quien se sabe llamado a vivir para siempre en Dios. Mis miedos tiene resabios de fariseo; el temor de no estar arrepentido tanto como merecen mis pecados. Yo sé que Tú me aceptas sin condiciones y me perdonas. Ayúdame a creer en Ti más fuertemente que la angustia de morir. Me abandono a tus manos.

Señor, acepto cualquiera forma de morir, sabiendo que viene de tu mano. Ayúdame a aprovechar cuidadosamente el tiempo de gracia que me regalas” (Bienaventurados los viejos, 164-165).

5. A qué me envía el Señor ahora, cuál es mi misión en esta etapa

Como en toda etapa de la fe, en ésta también hay una misión, un envío del Señor. Señalamos cuatro aspectos.

a) Escuchar a los demás en sus cuitas y confidencias y orar por las necesidades del mundo y de la Iglesia. Es una forma adecuada de vivir el Nazaret propio de la vejez (la “edad oculta” de las “Cuatro edades” de Jesús), ya sin tanta actividad exterior apremiante y por lo tanto con más tiempo disponible para acoger y escuchar y para orar, con más tiempo para la gratuidad.

En una carta a otro religioso viejo, dice Esteban Gumucio: “Si eres acogedor y vives la alegría interior, podrás tú prestarles [a los demás] el gran servicio de escucharles y ser su confidente. ¡Cuánta necesidad de ‘confidentes’ tienen la Iglesia y el mundo de hoy! Sin mayores méritos, por la experiencia vivida y por la oración, el Espíritu Santo nos puede regalar el carisma de dar la paz, de acoger, de comunicar aliento a nuestra comunidad, en los momentos difíciles o de baja presión anímica” (Bienaventurados los viejos, 202-203).

b) Contagiar a nuestro alrededor el realismo sereno y libre que se logra en esta etapa, ayudando a los que se acercan a nosotros a ir al núcleo de los problemas que les toca vivir, a no enredarse en pequeñas ramas laterales, a ver lo que en el contexto les puede ayudar a salir del vaso de agua en que se están ahogando. La distancia liberadora que da la edad es para percibir lo verdadero y apasionarse por ello, poniendo en su lugar o dejando de lado lo secundario y derivado.

c) Pasar al segundo plano y acompañar con cariño a los que van tomando el relevo de nuestras actividades, dejándolos en libertad de actuar de acuerdo a su manera de ser y de ver las cosas. Pero, al mismo tiempo, transmitiéndoles, sin imponerla, la tradición de lo ya vivido.

d) Aceptar las limitaciones, los achaques y dolores que vienen con los años, y asociarlos a la pasión de Cristo. Es una forma de vivir con él la cuarta de las “Cuatro edades”, la vida crucificada

II.- Subsidios

6. Textos de la Escritura

Se proponen algunas figuras y pasajes de la Biblia, sin pretensión ninguna de exhaustividad, sólo como indicación de posibles trabajos (se puede ver de Esteban Gumucio, Bienaventurados los viejos, 110-116).

a) Elías. Sufre al tomar conciencia de que no es mejor que sus padres y quiere abandonar la ingrata y peligrosa tarea profética y la vida misma (1Re 19,4). Pero Dios lo urge a recorrer el largo camino de 40 días y 40 noches hasta el Horeb, el monte de los orígenes de la fe (19,8-9). Y, una vez que se le hace presente en la brisa suave (19,12), lo reenvía –”vuelve por donde viniste” (19,15)- y le entrega la misión de ungir a Jehú como nuevo rey de Israel y a Eliseo como profeta en su lugar. Y le hace descubrir que no está solo como cree (19,10 y 14), que hay otros 7 mil que no han doblado sus rodillas ante Baal (19,18): Elías tiene que descubrir que el mundo no termina con él y su fracaso. Ahora puede entregar su manto y dejar que Eliseo ocupe su lugar y haga las cosas como él pueda.

b) Nicodemo. Se trata de nacer de nuevo, siendo viejo. Pero no entrando en el seno materno sino dejándose sumergir en el Espíritu de Dios. (Ver Esteban Gumucio, Bienaventurados los viejos, 102-103).

c) Abrahán y Sara. La fecundidad inesperable en la vejez, pero que Dios puede dar.

d) Galilea del Resucitado. De nuevo, el regreso a los orígenes, al lugar del encuentro primero de los Doce con Jesús, después de la derrota que ha frustrado sus esperanzas. Pero no para quedarse ahí, sino para recibir el envío a la misión universal, a todos los pueblos y hasta el fin del mundo.

e) Simeón. Es la figura de la serenidad final: “Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz...”. (Ver Esteban Gumucio, Bienaventurados los viejos, 107-109).

f) Pedro y Jesús resucitado en el lago. “¿Me amas?”: céntrate en el amor primero y único, que es lo decisivo en la relación de fe con Dios.

“Apacienta mis ovejas”: apacientalas como mías, no como tuyas, dejándolas en libertad. Porque cuando ya no las tengas, si las apacentaste como tuyas, quedarás triste. Ten presente que el Señor te

renueva la confianza, te vuelve a entregar la misión, más allá de tu pecado y tu infidelidad que te entristecen.

“Y éste (el discípulo amado) ¿qué?”: no te compares, no seas autocentrado, preocúpate de lo esencial que es seguirme.

g) Los discípulos de Emaús. Ahora puedo volver de Emaús a Jerusalén. Me he dado cuenta de cómo ardía mi corazón mientras caminaba con él, sin reconocerlo del todo en estos años; ahora lo he podido reconocer en aquella mesa que yo creía era el final de mi camino, y descubro que es un nuevo comienzo, un nuevo envío a mi comunidad.

7. Bibliografía

*Anselm Grün - María M. Robben, ¿Fracasado? ¡Tu oportunidad! Ed. Verbo Divino, Estella - Navarra 2001

*Esteban Gumucio, ss.cc., Tercera Edad, un llamado de Dios. CEI, Santiago de Chile

*Esteban Gumucio, Bienaventurados los viejos. Congregación SS.CC., Santiago de Chile, 2006

*Luis Alonso Schökel, Esperanza

*Cristián Llona Edición especial “En memoria del P. Cristián Llona, ss.cc. Noticias Julio 1993.

*Héctor de Cárdenas, ss.cc. (sobre su cáncer y su muerte próxima)

*Textos de la Jornada de la 3ª Edad, Comisión de Formación Permanente, Macul, setiembre 2007

* Benedicto XVI *Spe Salvi*. Salvados en la esperanza.

8. Preguntas y temas para la reflexión

¿Cómo vivo mi debilidad de viejo (ver CG 21)?

9. Propuestas de actividades diversas

- Visitas
Por ejemplo, un hermano mayor visita comunidades de formación (o una comunidad apostólica de gente más joven) para compartir con ellos sus experiencias.
- Incentivar a los hermanos mayores a relatar la experiencia vivida, ojalá por escrito.